

AÑO UNO NÚMERO UNO

-cuadernos  
de ELOJO  
MOCHO

# erdosain

-BUENOS AIRES VERANO 94\_95

• \$4 -

menemismo

frente grande

intelectuales de buenos aires:

lavardén y arlt

universidad

polémica

ambientalista

---

David viñas horacio González eduardo rinesi  
maría pia López christian ferRer

---

Jorge quiroga Patrice vermeren

Jorge rullr.



**erdosain**

*Cuadernos de*  
**EL OJO  
MOCHO**

**Año 1 - Número 1**  
Buenos Aires,  
Verano 1994/95

**Grupo editor:**

*David Viñas*  
*Horacio González*  
*Eduardo Rinesi*  
*María Pia López*  
*Guillermo Korn*  
*Jung Ha Kang*  
*Christian Ferrer*

**Colaboran en este  
número:**

*Jorge Quiroga*  
*Jorge Rulli*  
*Patrice Vermeren*

**Diagramación:**

*Luciana y Elena Espila*

**Diseño de tapa:**

*Andrea Chaskielberg*

**Agradecemos a:**

*Mercedes Serra*  
*Emilio Bernini*  
*Carlos Cutra*

## SUMARIO

### Editorial

*La mentira en política. Una introducción  
al mundo de Erdosain* ..... 3

### Política

*Carta al Chacho,*  
por Horacio González..... 8

*Nuevo elogio de la locura. Una diatriba  
contra el realismo progresista,*  
por Eduardo Rinesi..... 12

*De infames y cobardes,*  
por María Pia López..... 18

*El avispero,*  
por Christian Ferrer..... 21

### Literatura y ciudad

*El primer intelectual argentino. La  
prosa, el viento y los negocios,*  
por David Viñas..... 25

*Roberto Arlt: Vida cotidiana,  
cultura y política,*  
por Jorge Quiroga..... 28

### Universidad

*La comunidad de los iguales,*  
por Patrice Vermeren..... 31

### Ecología

*Neocampesinos del tercer cinturón,*  
por Jorge Rulli..... 32

# Editorial

## LA MENTIRA EN POLÍTICA Una introducción al mundo de Erdosain

Frente a la mentira, o a su afirmación eufórica -el cinismo-, Roberto Arlt lanzaba la más fuerte razón de su desprecio. Sin embargo, ni entonces ni nunca la condena a la mentira se hallaría eximida de toda clase de complicaciones y obstáculos. ¿Cómo no tropezar con la dificultad de convertir la propia palabra condenatoria en un sitial aureolado, intangible y trasmundano? Hay en el decidor de verdades una renuncia, que no siempre se veía despojada de ánimo dictatorial. Es la renuncia a examinar su propia situación en el mundo. Esa renuncia podría explicarse por el hecho de que el mundo es temible para la verdad. En el conflicto entre mundo y verdad, aquél va apropiándose en sucesivas reducciones y relativizaciones -que no tienen por qué ser brutales- de la verdad. Y ésta, tomada por sorpresa en lo que creía su ser inmanente y perdurable -su condición irrevisable e irreflexiva- se va disolviendo en infinidad de situaciones en las que ya no puede decirse nada respecto de verdad o mentira. En un caso, el mundo es el que se hace verdadero, pero la verdad ya no puede decirse como solución previa o inmunizada. En el otro caso, la verdad es la que se hace inútil y el mundo ya no tiene por qué reclamarle su ración supuestamente legítima. En ambos sentidos, se muestra él vía crucis del portador de verdades. Podrá denunciar las mentiras, el cinismo, el rostro hipócrático del mundo, pero nunca sabrá quién es él. A elegir: o nos instalamos en la llama viva de la verdad, o decidimos saber quiénes somos. De ahí que al profeta puede faltarle conciencia de su auténtica fragilidad humana, y al hombre que postula el autocoñocimiento puede faltarle la fuerza con la que debería volcarse al mundo.

Roberto Arlt no tenía por qué plantearse estos problemas. Pero también pudo evitar lo que de otro modo hubiera sido una parálisis de su obra por una deficiente consideración de esta concluyente cuestión de la *verdad*: cómo se dice, quién la dice, qué es ella, si es que, al decirse, existiera como material real. Y tengamos en cuenta que es Arlt el que escribe, en una de sus *Aguafuertes*, que quiere ayudar a que "cualquiera pueda catalogar sin mayores rompederos de cabeza a la persona que miente". El mentiroso viste en

general las galas fatuas del académico pomposo, del supino beletrismo o del vacuo ceremonialismo del burgués. "La admiración rimbombante de Gálvez hacia el Partenón y otros cachivaches griegos, aburrió a mucha gente. Es que eso sonaba falso y a bombo. Parecía decir lo siguiente: vean qué artista soy yo, que lleno de emoción hacia el Partenón". En este párrafo está todo lo que podríamos buscar de Arlt en materia de condena hacia el "macaneador del espíritu". Pasemos por alto cierto compromiso con el programa modernista que prefiere "un auto Hispano-Suiza a un cuadro de Tiziano" y encontraremos una ingeniosa y perdurable crítica al artista burgués. Que hincha su alma de espiritualidad y de extraviado goce, pero en verdad, como en el Lazarillo de Tormes, está deslizando una clave para que percibamos la arrogancia con la que pone su figura en el mundo. ¿Arte superior? Macanas, cachivaches, diría Arlt, proponiendo su audaz desmitificación de las "almas elevadas", que sólo se alimentan del baboso material con el que escriben la historia los necios y presumidos.

Es muy conocida, y aún se mantiene en estado de citación interesada, la idea con la que Arlt traslada su crítica del burgués impostor hacia el terreno de la literatura. Había una forma de escribir "directa" para producir una textura con la rudeza del boxeador, pero con segura acogida del lector al que "le da dos pepinos la literatura", que "está harto de idioteces" y al que le interesan "los burros y el football y otras cosas más entretenidas". La literatura que al fin encontrase una verdad, debía mostrar que le hablaba a ese mismo hombre de la calle para incluir a la propia literatura en esa esfera de intereses directos, sensitivos y oscuramente pasionales con que ejecuta su idioma la realidad.

Uno de los primeros trabajos de Arlt, el muy citado *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*, que escribe a los 20 años, está lleno de evidencias sobre lo que el autor opina sobre los cultos esotéricos que se propagan por la ciudad: son una farsa. El escrito está concebido como un informe periodístico, con ciertos retoques autobiográficos, componiéndose un tribunal de citas que paso a paso extraen fragmentos de las doctrinas ocultas, contrapesados por su -refutación

científica. Así, el "cuerpo etéreo" postulado por la Doctrina Secreta de la Doctora Blavatsky, podría explicarse por el estudio de las neuropatías, que establece que con la sensibilidad extra-agudizada, se perciben "vapores rojo-luminosos en la oscuridad". Entonces, contra el esoterismo, se apoya Arlt en el psiquiatra francés Benaymé, que midió científicamente dichos vapores con un "biómetro".

Desde luego, el escrito de Arlt no es una mera contraposición entre el desvarío mito-poético de los ocultistas y la explicación positiva de la ciencia. Deja entrever una admiración literaria por las elaboraciones ocultistas -"el dulce espanto de los abismos voraginosos y opacos"- y se hace evidente muy rápido que esos fraudes, imposturas y arcanos conducen a "La ciudad de los Locos" (Éste es el título de una obra de Soiza Reilly, que Arlt cita en el cierre de su escrito y que tendrá una larga onda de resonancia en su propia obra).

Que la doctrina de la señora Blavatsky lleva a la locura, lo dice también Arlt apoyándose en Ingenieros. Pero no quiere que lo confundan con una idea meramente medicinal de lo "sano". Por lo cual invoca a Nietzsche ofreciendo otra idea de "salud" en este extraño y superpoblado informe: se trata del "epicureísmo nietzscheano". Es lo que Arlt prefiere. Pero este desafortado ataque a la secta teosófica de la señora Blavatsky -una princesa rusa que hirió a su marido en la noche de bodas a golpes de candelabro, huyendo a caballo-, tenía que reservarse algunas cautelas que surgían en plenitud ante la comprobación de que Leopoldo Lugones era un entusiasta iniciado en la práctica y contemplación de esas "aparentes maravillas". Por eso escribirá Roberto Godofredo Arlt: "El señor Leopoldo Lugones, que ha estudiado excesivamente la *Doctrina Secreta* para no poder evitarnos de recordar ciertas partes de ella en su hermosa obra *Las fuerzas extrañas*, plantea magistralmente un hecho impresionante, el caso de un ocultista que ha perdido la conciencia común de las cosas y que a causa de ello está sumido en una espantosa desesperación y es la del hombre que percibe su doble inmóvil, que continuamente le mira con dos espantosos ojos de simio..."

Como se puede ver, Arlt sabe del injustificable compromiso de Lugones (estudió *excesivamente* la *Doctrina Secreta*) pero lo rescata por el uso que hace de ella en su *magistral, hermosa* obra, los cuentos de *Las fuerzas extrañas*. El escritor estaba absorbido por esa inconducente doctrina -contra la cual el joven Arlt incluso reclama el uso de la fuerza pública-, pero su obra podrá darle un cauce magnífico a ese mundo tortuoso.

Esto puede darnos una idea del modo en que Arlt denuncia la farsa: es implacable con ella pues encubre un mundo que alguna vez pudo ser noble y original, pero también hay turbia belleza en esas farsas. Cuando este mixto de repulsa moral y admiración estética pasa a su literatura, se compone lo que Oscar Masotta llamó "la trascendencia por el camino del mal". Masotta, en *Sexo y traición en Roberto Arlt*, libro cuyo sar-

trismo obligatorio no impide que sea uno de los escritos fundamentales sobre Arlt y a la vez uno de los más perdurables de Masotta, discutía con Raúl Larra sobre el tema que ahora nos llama: ¿Cómo se despliega la denuncia del mundo falsificado en Arlt? No se trata, como lo postulaba el moralismo de izquierda, de un desnudamiento crítico de la hipocresía burguesa, por lo cual se pagaría el momentáneo precio del cinismo. Sino de la utilización revolucionaria del cinismo (cuyo ramillete de acciones abarcaba el robo, la delación, la invención o la mentira) a través de la práctica conciente del mal. Ésta se convertía en un acto de soberanía, con la cual el "apestado" pondría al descubierto sus deficiencias espirituales como un sinónimo de la malformación del mundo.

El cinismo, la humillación, la burla y la fabulación criminal pasan a ser así los otros nombres de una vez raz dialéctica de la farsa. No se trata, como en las *Aguafuertes*, de proponer el remedio liberado para el arresto de tanto comedimiento y falsía, sino de retorcer artísticamente la conciencia del mal hasta producir ese espectáculo que generaciones de lectores de Arlt han festejado: la turbia indecisión ética que provocan sus personajes, y, por esa vía, la sospecha de que estamos ante una crítica en la que el crítico mismo se expone como indicio seguro de los males que habría que conjurar.

El "mundo de Erdosain" está entonces configurado. Se trata de un sufriente y humillado que, en el proceso lúcido de degradación de su conciencia, puede presentarse como los héroes hegelianos, culpables e inocentes a la vez, porque ni precisan compasión ni podían dejar de hacer lo que hicieron. Los recuerdos que tantas oleadas de lectores argentinos conservan de los discursos del Astrólogo, pueden ser evocados una vez más. En un pasaje encontramos una pregunta de Barsut al Astrólogo luego de que éste hiciera su exposición basada en el delirio alquímico, los dioses cataclísmicos, el industrialismo mágico, el cine represivo, los templarios que robarían el alma de las muchedumbres, las prostitutas enmascaradas, los mesías estupendos que harán milagros apócrifos con la ayuda de los periódicos. La pregunta es: "¿Pero usted es un cínico o un loco?"

La pregunta de Barsut podría tener una limitada función retórica, en la medida en que los excesos demonológicos del Astrólogo, sobre todo en lo que hace al uso de los diarios y el cine como adulteración de la llana verdad, solían ser temas dominantes de las *Aguafuertes*, que así vistas son la mínima moralía de un escéptico escandalizado por las supercherías que los cínicos y los locos introducen en la vida civil. No obstante, Arlt hace una ficción con los temas de sus aguafuertes pero suprimiendo el punto de vista moral, dejando a la crítica sin sujeto y a la vasta arquitectónica del mal como un cuadro estético que asombra por su brillo tormentoso e invita enseguida a un malestar indefinible. Es el malestar por el cual sentimos la crítica necesaria y anunciada, y simultáneamente ausente.

Es sabido que la magnífica composición del Astrólogo toma decisivas porciones inspiradoras de *El Gran Inquisidor*, relato que Dostoievski ubicara a cierta altura de *Los hermanos Karamazov*. Ese escrito, que con justa razón atrajo la atención de numerosos espíritus preocupados, como el de Hannah Arendt, plantea delicados problemas éticos y políticos y no sólo eso, sino que se reclina en una reflexión de gran aliento sobre la relación entre las rutinas institucionales y sus mitos fundadores. El Gran Inquisidor define el gobierno como el uso intencionado del milagro, el secreto y la autoridad, y, sobre un cuadro de valores en conflicto, realiza una larga exposición en la que la necesidad de seguridad y de pan salen ampliamente beneficiadas frente a la libertad y la rebelión. Nace el gobierno de masas, la racionalidad instrumental, la verdad gubernativa y la ética paradójica de los Césares, que garantizan el orden contra la libertad, pues puede ser ésta la causa de que la felicidad se aleje en vez de conquistarse.

El lector de esta gloriosa pieza justificatoria del poder inquisitorial sabe que *tiene que pensar otra cosa*, pero ese sentimiento se obnubila ante la eficaz alegoría que lleva a una reflexión completa sobre la historia de la Iglesia y el origen moral de todos los valores políticos fundadores del mundo moderno. Ante el Astrólogo arltiano la sensación puede ser similar -una oscura atracción y una intuitiva condena que pugna por romper el halo encandilante de la ficción- pero acaso el lector encuentra mayores pistas en la ética del autor para operar su rechazo al aciago personaje, a su mentira metafísica, a sus apócrifos milagros. Así será la política en la era de los gobiernos expansionistas que apelan a arcaicas leyendas de dominación, y podremos pensar esto sumidos en la incomodidad ética que nos propone una literatura que lanza una caricatura del mal para que adhiramos a ella como lectores. ¿Qué somos sino lectores que buscan el sostén de una verosimilitud en la ficción, antes que motivos pedagógicos para separar de nuestras vidas la alianza retorcida entre la política, la locura y el amor delirante por las catástrofes?

Pero con Arlt sabemos que la fábula fascistoide tiene una condena posible en la ética que construye la lectura y a la vez un incordio evidente en la delicadeza y maña de esa elaboración. La abjuración de la mentira no está escrita ni recubierta por ningún ente en la realidad, sino que es una elección que se abre, a la manera de un abismo de solicitud ética, ante el lector. Abismo intrincado e incierto, donde la figuración de la ética es también una pugna personal de cada implicado en la lectura y hace del lector arltiano lo que ya sabemos: un ser insastifecho, humillado en su condición de crítico abatido por una materialidad inconsecuente. El crítico que paga con libras de su carne el oficio de intrincarse en las vehemencias alucinadas del mundo.

Por eso, Erdosain debe responder o pensar algo rápidamente cuando Barsut, en ese momento -en ése y no en otros- amenaza con derribar el andamiaje equívoco de la novela con la pregunta sobre si el Astrólogo es loco o es cínico. Sabemos que ambas cosas

es, pero ese saber tanto pertenece a una resolución ética del dilema político de la novela como acabaría por impedirla de inmediato. Erdosain restituye entonces el orden real de la novela: *Lo miró malhumorado a Barsut. ¿Era posible que fuera tan imbécil y tan insensible a la belleza que adornaba los propósitos del Astrólogo? Y pensó: "Esta mala bestia le envidia su magnífica locura al otro. Ésa es la verdad. No quedará otro remedio que matarlo"*.

Hay muchas cosas en este momento de *Los siete locos*. Erdosain, con sus pensamientos, es el testigo encargado de dotar de belleza a la euforia del Astrólogo, invirtiendo los términos de lo que sería un enjuiciamiento meramente cuerdo y racional de esas felonías. Sin embargo, nota también el aura de locura en todo el enredo, pero no le parece que esa mística demente dé lugar a un rechazo sino a una envidia. Barsut es un loco, otro loco, competidor peligroso de los locos ya revelados. Hay que matarlo. Erdosain es así inocente y a un tiempo lúcido. Según Erdosain, Barsut no entiende la estética de los gases asfixiantes del Astrólogo, pero de inmediato deja saber que la entiende muy bien. Barsut rechaza la locura y no es más que un envidioso del verdadero manager de locos, el Astrólogo. Erdosain se convierte así en un crítico que no cuenta con el recurso de la mínima exterioridad para la crítica, ignora el recurso de otro mundo que, superpuesto parcialmente al que habría que criticar, ofrecería la residencia en la que se hallarían las alternativas.

¿Por qué nos sigue interesando Erdosain? ¿Por qué la sola ubicación de su nombre permite ya un contraste con el mundo de la alienación política? ¿Por qué Erdosain supone la crítica si en él no vemos mundos paralelos y duplicados desde los cuales lanzar una sustitución del imperio anómalo del despotismo paranoico de la política? ¿Qué es la crítica entonces? Es la pregunta que se podría resolver de los múltiples modos a que nos acostumbró la filosofía: el que surge del desarreglo intencional de lo mundanal conocido. Pero también el que surge de la sensación de que la crítica emerge de las criaturas envueltas con candoroso entusiasmo en lo que se perfila como un mundo de horror. Es decir, las que nada critican excepto con el desguace progresivo de su conciencia. Arlt resistió a la tentación de presentar el horror bajo una solución crítica y moralizante, a la que por otro lado lo hubieran conducido muchas de sus elaboraciones periodísticas y también su propia ética del escritor, munida de retóricas directas, contundentes, sin los "cachivaches" ornamentales del burgués literario.

Y así, Arlt quizás pudiera alojarse en la categoría que él mismo creó para el Lugones de *Las fuerzas extrañas*. La literatura no tiene moral y supera la propia moral del escritor. Toda belleza siempre se escapa de las redes de normalidad que exigirían un juicio para cada desviación. La crítica a la que invitan tanto *Las fuerzas extrañas* como *Los siete locos* es la de la desviación que deja un vacío en el lugar del crítico civil y político. La ética ciudadana es entonces una ausencia. Y por lo tanto una percepción utópica. Una forma de declarar el dominio de lo alguna-vez-construible y de lo

siempre-exigido-de-presencia. Pero Arlt genera, con Erdosain, ese sentimiento de vacío por el cual la crítica es hablada en el idioma de aquello que se debería criticar.

Por lo tanto tiene una extraña manera de ausentarse, cual es la de la crítica que sólo dice su opaca situación en el mundo, incapaz de realizar otros movimientos que los de un testigo arrastrado por fuerzas incomprensibles. Pero esta existencia del testigo -del Erdosain en el mundo- no puede existir si no es encadenada a otra serie de testigos, que no poseen la clave para denunciar la farsa pero constituyen en algún punto, algunas de sus encarnaciones. Y allí, la crítica adquiere directamente un aire sacrificial.

Lo que atrae de Arlt es que pueda presentar sentimientos abyectos de un modo puro. Esto acarrea un doble efecto. Nos coloca frente a la repulsión por lo degradado y frente a la incómoda sorpresa de que el mal lo desempeñan hombres castigados y oprimidos, y a veces terriblemente lúcidos.

El mundo de Erdosain es el de la crítica del inocente que puede serlo durante la manifestación de acciones insoportables y aún criminales. Por eso es una crítica que se transfiere a quien pueda descifrar esas estéticas ambiguas y turbadoras con el atributo de una conciencia incómoda. Conciencia que sabe que debe criticar lo real existente pero no sabe cuánto de lo indeseable lo abarca. Pensamos que este estado abismal de la crítica es quizás la precondition de la verdadera crítica, la que viene luego de sabernos desprovistos de palabras trasmundanas. Somos la crítica porque somos la tensa intranquilidad de los que recusan la injusticia, pero a cambio de su insatisfacción no sabrían dar otra cosa que su algo payasesco oprobio personal.

Hay otras formas de crítica, y a una de ellas queremos dedicarle un breve comentario, por la importancia con la que inviste al tema, por el señalado compromiso con el que se lo desenvuelve y por la modalidad de repercusión pública elegida. Nos referimos al tipo de crítica que inspira escritos como *Escenas de la vida posmoderna*, el difundido libro de Beatriz Sarlo.

Es difícil disimular la importancia de las cuestiones allí tratadas, y mucho menos desconocer el significado de la publicación de este libro, sobre el que no resulta fácil encontrar un tono para hablar. Llama la atención el juego que se hace con las alturas sentimentales que este asunto usualmente provoca. Se pretende un alerta sobre la homogenización cultural, la nueva pobreza de ideales colectivos o el ocaso del intelectual crítico. Cruda descripción del problema, pesimismo en el estilo de interrogación, pero avance armonioso de las cuestiones tratadas. Y optimismo, optimismo no eufórico pero sí airoso, que surge de las preguntas que "arman" no un programa de acción sino apenas una "perspectiva para ver". Ninguna promesa, modos desencantados, prolijidad metódica en la marcha elegante del texto, sin duda modalidades preparatorias de lo que se quiere decir: que no todo está perdido, que "la puerta estrecha todavía no se ha cerrado", palabras

finales del libro que nos sitúan en la paradoja de algo que estaría por cerrarse o por consumir sus impedimentos (así debemos entender la metáfora de la puerta estrecha), pero que aún no lo ha hecho. Tenemos tiempo. ¿Acaso se escriben libros para decir otra cosa? Habría que ver a que género pertenecerían los libros, quizás impublicables, que viniesen a decir que ya no hay tiempo.

Pero en éste no sólo es tiempo lo que aún tenemos, sino también biografías y conversaciones. No podemos ignorar que tener una biografía y poder conversar son también evidencias incontestables de optimismo y de fe comunitaria. La inclusión de instantáneas biográficas que marcan el carácter confiante y celebratorio de este libro, no son perfiles de "hombres en épocas sombrías" sino piezas bien logradas que hablan de vidas serenas y algo exóticas, muy asentadas en lo cotidiano pero con búsquedas intranquilas, con destellos de originalidad y fuertes sellos personales. Son artistas que esperan envueltos en cierto velo misterioso, y si el misterio fuera mayor podrían ser personajes de Tarkowsky. Pero estas biografías tienen la misión de indicar que la "conversación sobre el arte" no ha cesado. Durante siglos hombres y mujeres participaron en ella, se afirma en este libro que en el fondo trata de conversaciones. Conversa la autora con otros autores, cada capítulo del libro "ha hecho su diálogo" con otros libros y esa "conversación interrumpida" con la que "algunos hombres" y "unas pocas mujeres excepcionales" hicieron posible la existencia de los valores del arte, nos deja la idea de una permanencia de los sentimientos estéticos como elección de la memoria. Memoria que aún acosada, extenuada por la natural hostilidad de la sinrazón -puesto que hay "razón en la belleza y belleza en la razón"- puede sobreponerse sobre la base de la excepción y de las puertas que, al cabo, no dejan de quedar entreabiertas.

Lo que sin embargo pesa en este libro es el contraste entre la estética de la conversación -en la que el neoliberalismo y el neopragmatismo americano, con razón, buscan afincar una reconstitución del mundo cultural- y un estilo que juega reiteradamente con la resignación cultural o el pesimismo alerta. Esos sentimientos se apoderan de la descripción de ciertas "escenas": la chica que quería hacerse la cirugía estética, el criminal que confiesa en la televisión, y especialmente el retrato que se traza de los intelectuales, o el desfile animado del usuario del zapping. Todo ello da una suerte de biografía colectiva escrita en tercera persona del plural. "Pensaron...". Ellos, los intelectuales, pensaron diversas cosas. En la descripción de todos esos pensamientos intelectuales surge un extraño balance, que es la marca absorbida que deja este libro. ¿Qué es lo que quiere decir? No creemos ser lectores prejuiciosos de una obra crítica que lo menos que provoca es indiferencia. Sencillamente, en este caso no podemos saber si se acepta o se lamenta la caída de la ciudadela intelectual, esa "categoría cuya existencia misma es un problema". Se dirá eso, que es

un problema. ¿Pero debemos contentarnos con que el libro deje sueltos los tendones relucientes del problema, cuando subsiste otro problema mayor de enjuiciamiento, cual es saber a qué índole de la crítica pertenece y qué es lo que critica?

El libro dice que algo hemos ganado: el respeto por la diferencia, el principio relativista, la pluralidad. Quizás a partir de allí se pueda reforzar lo que debe permanecer del ideal intelectual de todos los tiempos: anticonformismo, solidaridad, soberanía frente a los poderosos. De acuerdo, pero el libro deja demasiadas evidencias de que el espíritu relativista y pluralista es compartido tanto por los que tienen conciencia de que eso es "ganancia" como por los procesos propiamente posmodernos, que tienen a la *sociología* en su corazón teórico, con su carga de desacralización y desmerecimiento de los valores y el gusto en materia artística. El relativismo sociológico de mercado parece sugerir una carga de "pérdida" en lo que respecta a la creencia en la autonomía de los fundamentos estéticos del arte. Pero introduce una vacilación irresoluble en este libro que, al fin, y no podría ser un desdoro, es vástago de la teoría democrática en el arte y no se obliga en ningún momento a desconsiderar todo lo que proviene de la sociología de la cultura.

Si los despuntes de modernidad se resuelven en una "luz sociológica reveladora" en materia de juicio estético y en el predominio de los expertos con su neutralidad valorativa en el mundo intelectual, parece también evidente que no puede volverse a los criterios impuestos por los intelectuales que actúan como "viejos legitimistas", los intelectuales de la cultura de la "letra". Pero los neo-populistas del mercado audiovisual, lógicamente, tampoco convencen. Ellos son el producto extremo de una deformación que hay que criticar radicalmente -"la video política realmente existente"- y que, como el viejo populismo, suponen una exacerbación de la democracia. Paradoja: se busca ampliar la democracia pero se está dispuesto a pagar el precio de un empobrecimiento cognoscitivo y conceptual. Los viejos legitimistas están mal, los neo-legitimistas populistas massmediáticos también. Sin embargo, la transición de unos hacia otros es aceptable, pero sus resultados son dudosos o desagradables. El énfasis en el poder de la ilustración como proceso inconcluso -y con sus errores posmodernistas a la vista- hace que este libro no pueda decidir radicalmente (como a veces parecería querer) la crítica al mercado massmediático, no pueda dejar de aceptar o inevitablemente compartir algunas de las conocidas primicias del populismo.

Es así que la formulación enunciativa de la preocupante pérdida del lugar del arte y las humanidades en la vida social, no excede una comprensible y compartible proclama. Sin embargo, ella no puede ser demostrada en la argumentación que le es dedicada en el capítulo correspondiente. Allí se afirman los derechos de la fusión entre el nivelamiento antijerárquico que produce en el gusto la revolución democrática, con la industria cultural. Este proceso de fusión de públicos, medios de comunicación y democratización del

gusto, no conduce a la autora a una desconfianza conceptualmente elaborada (lo que hubiera expresado lo que en otros tramos de su libro se llama crítica radical) sino, apenas, a una tímida cautela. Alcanza para recomendar que estos maridajes "no deben ser celebrados al unísono". Pobre resolución de la cuestión de mercado, que la autora siente tentación de presentar como una contradicción en sus propios términos -y con ello, llega al non-plus-ultra del ideario progresista: ¿Cómo serían estas auto-contradicciones? El mercado: igualitarismo de circulación pero antiigualitarismo basado en la concentración del poder económico. La televisión: llegó a la "encrucijada" por la cual el zapping hace de las imágenes algo que significa cada vez menos, mientras ellas se hacen cada vez más importantes. Pavarotti: tanta un "fantasma mediático". Pero entonces "algo también sucede". Aún en un agudo del tenor se conserva "la huella de lo que es la experiencia estética". El zapping, pues, se critica solo; las producciones culturales masivas pueden dejar vestigios de cierta aura artística; el mercado es portador de la revolución democrática hasta que aparece lo que también se contiene en su misma trama, el acceso no igualitario a los bienes sociales y culturales. La puerta, como se ve, puede ser estrecha pero difícilmente se cierre alguna vez, pues la crítica se desliza confiante sobre el carril que provee el texto modernista del progresismo incumplido pero empecinado. Éste nunca está en peligro de disolución. ¿No lleva acaso inscrita en su propia lógica de desarrollo la posibilidad de que las experiencias de cierre cultural y estético no sean también focos que atesoren las huellas de todo lo que hay que restituir?

Por eso este libro -cuya experiencia de escritura lo vuelve singular como objeto cultural, pues un editor creyó que la autora debía escribirlo y así se "lo hizo saber"- no puede ser desmerecido en la propia situación que crea frente al debate, frente a los lectores y frente al mercado. Nos dice que todo está en peligro (como la crítica rigurosa de la que proviene) pero que todo puede salvarse (como la ética progresista a la que adscribe). Muestro vital de contradicciones fundamentales -entre su optimista deseo de estilo, llamémoslo así, esa conversación realista y a la vez etérea entre un puñado de humanos de ambos sexos, y cierto anuncio pesimista en las conclusiones-, el libro se convierte en un diálogo inquietante entre una voz que va poniendo un urgente tintineo de alerta sobre los problemas y otra voz que parece menor, pero queda con la última palabra, que va prometiéndole la continuación del diálogo cultural. Cuadernos de anotaciones con señalados giros hacia el alma ficcional de la escritura, *Escenas de la vida posmoderna* ejerce una función tranquilizadora, a veces balsámica, y hace residir su interés en que todo eso no le impide describir con austera lucidez muchos de los modos con que se efectúa, se vive, y se habla en los nuevos espacios de la urbe comunicacional.

Entonces, dos estilos de crítica en lo que hasta aquí ya dejamos anunciado. La de Erdosain, que impregna su propia práctica con lo que no sabe que está

criticando y que sabe que está criticando aquello ante lo que no se presenta como un crítico. Erdosain: el crítico que no ve la verdad en progreso sino la crítica como el vacío que lo convoca, con el riesgo incluido de la profundización ingenua de las asperezas del mundo.

Y la otra crítica, la crítica progresista, que mantiene también un compromiso con lo que critica, pero de otra índole que el de Erdosain. No puede dejar de criticar, pero no puede dejar de ver en aquello que critica, formas de una marcha mundial de la que hay que restar apenas el lado malo. El progresismo: el mundo es un andar homogéneo al que hay que agregar una ética de la sustracción: el mal, exceso omitible, objeto de una resta que queda por hacerse. La resta de lo indeseable. Estética, comunicación, arte y política se re-

sumen en ese restar de las anomalías, en ese mantener la puerta entreabierta. La democracia, signo triunfante de la igualdad, expone al fin la posibilidad de restar lo que ella pudo originar de repetición serial, de pérdida de imaginación, de desigualdad, en fin.

No creemos haber sido complacientes en la descripción de una u otra forma de la crítica. No estamos en situación de arrojar sobre el muro confiadas refutaciones, más allá de lo que no podemos dejar de ser y que en esta ocasión nos nombra como

erdosain

# Política

## CARTA AL CHACHO

por Horacio González

*"Le temo al poder infernal de las cartas privadas y al sonsonete artificioso de las cartas públicas. Entonces, ¿para qué escribir cartas?"*

Max Stirner, Segundo discurso sobre la impiedad, 1845

Toda definición puede ser un arte. Pero nadie negará que puede ser un arte profundamente enemistado con las solicitudes mundanas de acción. Parece ser un gasto inútil en cualquier actividad el esfuerzo que deducimos de ella en el propio intento por definirla. Al mismo tiempo se sobreentiende que si uno hace algo, no tiene por qué pasarse todo el tiempo explicando la naturaleza o las implicancias de lo que hace. Ninguna acción carga con la obligación inmediata de explicar sus presupuestos, a riesgo de sumirse en la parálisis del metalenguaje. Y así como no quisiéramos que en nuestros actos se manifestase una ausencia total de autoconciencia, tampoco nos gustaría que se disuelva

nuestra energía en dirigirnos antes a nosotros mismos que al mundo.

Sin embargo, cuando se percibe que viejas actividades -la ciencia, la política, las artes, la fe- corren el riesgo de perder las claves internas de su propia realización, es legítimo que afloren los intentos por redefinirlas en el mismo acto de ponerlas en escena. Surgen los proyectos de rescate, de reorientación, de recuperación. Lutero, con el libre examen, quiere rescatar la autenticidad de la fe; Foucault, con la noción de dispositivo, quiere apartarse de la ingenua idea de una ciencia que no contenga poderes de época; Andy Warhol, con la fusión de la mirada artística en el perfil de

los objetos cotidianos, quiso recobrar el arte como una disposición infinita a diluirse en los sentidos irrisorios del mundo. En todas estas situaciones -ejemplos al acaso- se deseó renovar los conocimientos renovando la propia actividad en la que esos conocimientos estaban imbricados. Así son, sin duda, todas las historias en que se juegan las reubicaciones de los senderos del conocer, llamando a las acciones perdidas y recordándoles un sentido que ya se extinguía por obra de la rutina o la santificación.

¿Y la política? Todos sabemos que esta actividad sin la que -se dice- no hay vida social organizada, desfallece ahora ante el acoso de los saberes técnicos corporativos y de los poderes económicos paralelos al poder público. Acontecen nuevas formas de dominio fuera de la visualización pública, marcos de ilegalidad instituidos como modelos móviles de control de las poblaciones, mientras la causa de la autonomía de la ley y de la libre deliberación colectiva sobre los asuntos comunes, se hunde en el pantano ético de macroestructuras decisionistas, inmunes a las prácticas de las responsabilidades compartidas.

Los políticos que aún no perdieron la sensibilidad clásica de saberse parte del conflicto al que se dirigen con vocación resolutive perciben la decadencia final de su oficio, ahora sometido a toda clase de financiamientos clandestinos, a reduplicaciones de la legalidad, a la creación de zonas de excepción para los intereses particularistas y a la mera servicialidad a las grandes corporaciones que actúan transversalmente, usando partes del viejo Estado y de la vieja ley, y creando incessantemente legalidades propias autodefinidas, de modo que no existen límites para la acumulación de poder. La idea de que toda sociedad proponía límites intrínsecos al poder, es una idea en retirada. El resurgimiento de las doctrinas liberales en el terreno del sujeto político y del procedimiento contractualista de la política en las ideologías intelectuales, no son otra cosa que un acoso nostálgico con que las conciencias políticas desean sentir el aleteo lejano de arcaicas promesas de autonomía. De ahí que el rancio liberalismo de los nuevos politólogos, muchas veces se hace justificable, aunque más no sea por representar el alma utópica de la razón deliberativa que se niega a morir.

"Rescatar la política" es el buen membrete que podría ponerse a cualquier despliegue de justificaciones que surgiesen del interior de la dramática experiencia protagonizada por el Frente Grande. Voy a tomar como ejemplo algunos dichos notorios de su más encumbrado dirigente, que en los últimos tiempos no evitó en momento alguno prodigar fundamentales definiciones sobre su metier. El oficio del político y la política son precisamente lo que aquí está en cuestión. En reuniones con empresarios afirmó de modo casi excluyente la necesidad de hacer transparente el financiamiento de la política, exigiéndose en mostrar que tal situación les convenía, en primer lugar, a los propios empresarios. Dejemos de lado -no por carecer de importancia sino por ser algo lateral a nuestro tema- la idea de convencer a los poseedores de que la justi-

cia o la transparencia implican un pacto social que *también* les conviene (o, *principalmente*, les conviene; ganarían más de lo que pierden): este argumento, viga central de los razonamientos populistas que tienen en el "Discurso de la Bolsa de Comercio" de 1944 su apólogo mejor construido (desposiciones parciales garantizan la posesión global), importa ahora menos que la idea de que a las empresas les conviene la transparencia política antes que las vías tortuosas, oscuras o ilegales de financiamiento político. El argumento es "pro-política", es la política investigándose a sí misma y ofreciéndose de otra forma, para rescatarse a sí misma, y al mismo tiempo, para hacer de los empresarios copartícipes en la fundación de la neo-transparencia social. El ejercicio de la política con su financiamiento autónomo garantizado por ley, rescataría la ética política al mismo tiempo que la ética de los dueños del dinero.

El político que así argumenta es dueño de un atributo que se sitúa en el plano del metalenguaje. No es Frigerio ni Alsogaray hablando con los empresarios en una absoluta comunidad lingüística, compartiendo el idioma con el que se menciona a las variables económicas o a los niveles de actividad. Se va a hablar de política al orbe económico para "resignificar" la política. ¿Sería malo eso? En principio no, si contara con la necesaria contrapartida de los empresarios revisando con iguales exigencias su visión del mundo y sus prácticas específicas. Eso no ha ocurrido, y la política concurre al ámbito de la economía para decir apenas cómo ella va a modificarse con el auxilio autorreflexivo de los propios empresarios. Se nota de inmediato la disparidad cometida, pues se representa a la política hablando sólo de sí misma y no del mundo. La política se ofrece para rescatar la política, hace de eso un tema absorbente, se declara obediente a la transparencia completa, que sólo lograría cuando la "ética puritana" retomara el manejo del dinero y cuando la política misma, en magnífica circularidad, se transformara en la promotora desinteresada de esa grandiosa aventura pedagógica. Saludemos esta febril *paideia*.

En buena hora. Pero con todo ello la política se expone a mostrarse sin atributos para la comprensión del mundo ni para la comprensión de sí misma. La conciencia transparente de punta a punta nunca existe, pues toda enunciación de algo en el mundo supone un punto de partida momentáneamente opaco, sin reflexión interior, acto no cubierto por una extensión completa de su propia conciencia, pues toda iniciación de una acción lleva una carga inevitable de alienación: en principio, un nuevo contrato de transparencia así enunciado, no hace contingente sino necesario soltar las amarras de todos los pasados y biografías.

Por supuesto, el tema que consigna la necesidad de hacer transparentes -sujetos a reglas públicas- los lazos de la política con las fuentes de financiación, es de aquellos que en la opinión democrática encontrarán vasta aceptación. En último análisis, se trata de una justa revolución democrática, de la que podemos preguntar de inmediato si está bien encarada. Junto a la confesión de la política en el murallón de los empresa-

rios que la alimentan con "insumos tenebrosos" (involuntariamente, pues ellos no querrían convertirla en una piltrafa ética) se realizan otras confesiones sumamente inadecuadas que parecerían complemento inopinado de esta política que hace política para recobrar a sí misma.

¿En dónde -dónde, en qué diversas tramas de responsabilidades y pasados- se debe colocar la ya muy comentada frase por la cual sería momento de revisar el voto negativo que se dio en el pasado inmediato a los planes económicos que caracterizan la hora? Es la política en su transparencia total, ofreciéndose despojada de voluntad económica, esto es, sin voluntad mundana. Queremos decir: el efecto de acentuar la reconstrucción de la política a partir de la política es resuelto en un asombroso mimetismo respecto a los poderes mundanos previos. De ahí la radical deshistorización que parecería ser la compañera obligatoria de esta supertransparencia que se atribuye a la política, al punto tal que queda reducida a exhibir su propia visibilidad. Ser político es, en definitiva, dejarse ver. Y ya demasiadas cosas, casi todas las cosas, implican la molestia de "agitar aguas del pasado".

Una interpretación sumamente dogmática del ideal de transparencia lleva entonces a mantener una visión totalmente crítica de los poderes generales de la sociedad. Por eso, se origina una impulsión a "aprender", a "escuchar", a "informarse", a mostrar "aptitud de gobierno" -todas ellas funciones de la membrana de mimetización a que se reduce el pensamiento político- con la única garantía de que se está expresando la "voluntad de la gente" y acaso protagonizando el vástago jirón de una anterior mitología peronista: serían los intelectuales "abstractos" los que nada entenderían.

¿A qué se le opone este pensamiento, qué visualiza como aquello que se yergue como un disvalor, un artificio anómalo? La corrupción, perfecto opositor conceptual de la transparencia. Nada habría para cuestionarle a tal pensamiento, aun aceptando su candor ostensible, que sin duda habla elogiosamente en favor de quienes lo mantienen. Ocurre que el llamado general a la transparencia coloca una severa contradicción en las dos principales derivaciones de esta política mimética: por un lado, debe eliminar el obstáculo a la representación que surge por la interrupción ilegal del flujo político democrático (la corrupción); por el otro, debe aceptar que no tiene ningún otro pensamiento político que no sea éste, a riesgo de parecer obstruyendo la transparencia. El transparentista sólo debe llamar a que el resto social no esencialmente corrupto (pues es llevado a la inconducta por la corrupción orgánica encarnada en los nudos visibles del gobierno) se acople a lo que la política extrae de sí misma para regenerarse. Y así, es indispensable, nunca ocasional, afirmar que no se tiene plan económico, declarar que no se concibe algo diferente de lo que se expone en la superficie mundana de los poderes económicos, y, por último, indicar que no hay por qué es-

merarse en pensar otra cosa que lo que naturalmente palpan nuestros sentidos, en un indeclinable alarde de naturalismo y empirismo. Toda la historia de la filosofía lo dice y el Frente Grande viene ahora a recordarlo: de la razón transparente hacia la indispensable conciencia empírica.

¿Pero no hay fallas en aquello que sería indispensable? Porque esta vez estaríamos asistiendo al triunfo completo de un politicismo que, por temor al "reduccionismo económico", quedó él mismo reducido a no poder identificar los puntos de partida de su propia conciencia enunciativa. La transparencia se convierte así en un errático festejo enumerativo del mundo, evangélicamente redimido. Pero poco a poco se va comprendiendo que en el camino de hacer verosímil la "alternativa real" al gobierno, era necesario absorber cada vez más su estilo de época, sustituyéndolo en todo como una réplica fiel y si se quiere perfeccionándolo con aquello que los oscuros no saben ser, es decir, su reverso de transparencia que sólo nosotros, espejo invertido de ellos, encarnaríamos.

Esta idea de la política comenzó su itinerario ascendente empleando la razón diseminadora de las democracias plebeyas: el político debe ser "un rostro de la muchedumbre", declaradamente "uno de nosotros", sin presentar ninguna perturbación a la serie honesta de la multitud que forma su cuerpo en la reiteración y en la suma anónima de átomos. También -nada habría que observar a este benévolo homenaje a los hombres de a pie- viajeros cotidianos en los colectivos de la gran ciudad. ¿Pero no escuchamos decir a quien se ha declarado "uno en la muchedumbre" -ante una pregunta periodística- que ahora no viaja más en colectivo porque sería visto como algo demagógico? ¿No leímos también que ante una reunión de defensa de los derechos humanos en Neuquén, sólo asistió ante la insistencia del sacerdote que la organizaba pues temía "politizar" el hecho? ¿Y no afirmaría también, ante el atentado a la Amia, que no se trataba de politizar el dolor profiriendo declaraciones costumbristas? Tomemos en serio estas cuestiones, cuyo carácter revelador no puede escapársenos. Se trata aquí de redefinir la política de dos modos: replegándola en la vida cotidiana, y sacándola de ella cuando se teme un rechazo. La política pasa a ser, a un tiempo, lo más natural y lo más antinatural que hay.

¿Cómo sostener semejante contradicción? Sabemos bien que una contradicción, convertida en tensión inspiradora, puede aguzar la imaginación política y dotar a los procedimientos sociales de un orden constructivo y a la vez invencional. No es el caso. La contradicción inasumida se torna así -cuando se escinde mecánicamente- en dos figuras poco estimulantes de la política. Una, como agrupamiento estamental de los políticos. "Nosotros, los políticos". Así lo ha dicho en la Convención Constituyente el máximo representante frentista: "El horizonte político debe comprender el conflicto social". Otra, como una sociedad que permanece como enigma ante el político, sociedad que, en

su cotidianeidad, no hay que "politizar" para que no pierda libertades, pero a la que hay que asociarse como "uno más". Ante la Marcha Federal dijo el mismo dirigente: "No alcanza".

¿No está claro, ahora, que estamos ante una contradicción irresoluble? Lo político es un "horizonte" estamental, y cuando entre ellos, los políticos están reunidos, el más sensible de todos alerta sobre el amenazante bullicio de la sociedad. Así, se constituye un sistema de doble exterioridad, de lo político frente a lo social, llevando todo a un abismo que prohíbe lo social en lo político y lo político en lo social, en nombre del respeto por la "legalidad interna" de cada área. Se viaja en colectivo para palpar lo atomístico de lo social y construir un ejemplo del político con traje de franela gris. No se viaja más en colectivo para no sobreterminar el anonimato social del hombre de la calle con la vida aureoleada del hombre público, ya massmediático, ubicuo, sin itinerario conocido sobre el mapa real de la ciudad.

Comparto el ideal frentista de crear condiciones para la autonomía de lo político, autonomía que se torna la propia definición de lo político. Comparto también la idea de "repensarlo todo", expresión que tomo de una última conversación que tuve con el Chacho, y al mencionarlo, aprovecho para recuperar en este escrito la doble dificultad de la primera persona y de la interpelación al amigo. Creo que llegó la hora de que la virtud política que tempranamente alguien descubriera, la política como autocreación, como síntoma de un incesante replanteo del mundo de relaciones concebibles, sea puesta en términos efectivamente creativos. Si ahora eso no ocurre es porque no se entiende que la autonomía de la política no requiere renunciar a vivir y a desenvolver prácticas sociales en un mundo de obstáculos a esa autonomía. Estos obstáculos se encuentran en todas las acciones posibles. Me temo que has entendido, Chacho, la autonomía de lo político como un renunciamiento a la intervención colectiva capaz de reencaminar el conjunto de las prácticas sociales. Hay autonomía siempre que la política esté en peligro real de perderla en las penumbras de la sociedad. De ese peligro y de aquella intervención es de lo que la autonomía se nutre.

Por eso, si lo político se examina a sí mismo para recuperarse como decisión autoconciente, es porque todo lo social debe realizar esa misma catarsis, si es que está bien llamada así. La política, sin duda, lleva la expresión razonada de las pasiones; pero ella, como actividad pura, no existe en ningún lugar: lo político es toda tensión de la cual surgen focos de autonomía y libertad. En este sentido es un error grosero hacer de estas consignas tan sugestivas (repensar todo, librar la política de la cooptación económica) una señal de autoimpugnación biográfica y fastidio por el surgimiento de las cuestiones mal resueltas del pasado.

Llegamos así a un punto impreciso y paradójico en el cual ponerlo todo bajo suspensión voluntaria de la creencia significaría quedar tan sólo reducido a un sentimiento mimético respecto a los poderes reinantes. No se te ha votado para eso. Toda votación inespera-

da significa la preservación del elemento inesperado. Traducir lo inesperado a lo previsible significaría hacer del gran descubrimiento respecto a la política (se hace política para redefinir la política) una simple ecuación de los políticos afortunados. Pero el peligro que aquí se abre es que la fortuna se transforme en arribismo y el poder de lo imprevisible desemboque en un craso oportunismo. Un pasaje de Schiller que te recuerdo dice: al poder del Dogo, con el propio puñal del Dogo se lo anulará. Me parece que el Frente ha incorporado los principios letales que dijo combatir, la mediocre fraseología que se le escucha a sus asesores y a toda clase de abribocas al acecho, como aquella de "humanizar el capital" que profirió no sé qué "técnico frentista del buen gobierno", para solaz de todos los cazadores de ironías, y tristeza de quienes hubiéramos esperado verdaderas muestras de coraje intelectual.

Escuchamos esta formulación: querés escapar de lo testimonial. Eso lo creo un propósito indigno de un político, que jamás debería decirlo. Pero lo testimonial siempre retorna por sus fueros, y seguramente será lo único que salve, si es el caso, a esta experiencia frentista, que la sociedad estaba precisando y que puede quedar en manos de un mero banquete con los poderes de siempre.

La autonomía de lo político lo es gracias a cómo puede la política absorberse en todos los núcleos de tensiones históricas. Y como ocurre que esa absorción no es progresiva, ordenada y sometida a un plan de "no superponer demandas" (como también se les escucha decir a los tecnólogos frentistas del arte de gobernar), siempre la política está en el lugar donde residen las amenazas de pérdida de libertad y las esperanzas de trastocamiento del sentido común. Hay algo de lo que la política no puede ser autónoma, su propio ser en el mundo, su propio surgir entre los hombres, que siempre se presenta como una ocupación que ni puede dejar de hacerse ni puede dejar de modificar oscuramente incluso a cualquier propósito libertario.

No se los puede diluir a todos estos años de turbación en un cuadro de insumo-producto, en una reconversión biográfica. La libertad de lo que hicimos supone que ya no somos lo que hicimos gracias a que lo hicimos. Espero alguna otra vez, volver a escucharte decir que hay que repensarlo todo. Esa frase me gusta. Espero también que alguna otra vez pueda llegar a gustarme lo que se podría hacer con esa frase, no la inocua transparencia del que renuncia a la crítica de su tiempo sino la aventura compartida de la invención de nuevas relaciones entre las cosas y entre los hombres.

## NUEVO ELOGIO DE LA LOCURA

### Una diatriba contra el realismo progresista

por Eduardo Rinesi

La "transición" ha terminado. El Pacto que de modo tan poco transparente y luminoso suscribieron Carlos Menem y Raúl Alfonsín en noviembre de 1993 puede considerarse -como ambos señalaron con razón- el cierre de un ciclo histórico en la Argentina, que es el ciclo ocupado en la vociferada tarea de instalar entre nosotros un "sistema de reglas de juego" que, por un grosero abuso del lenguaje, se insistió y aún se insiste en denominar "democráticas". Porque si la idea de "democracia" tiene algún sentido, éste está asociado a una vieja tradición filosófico-política que, desde sus orígenes, ha insistido en la importancia de la *participación popular*, deliberativa y activa, en los asuntos públicos, y no en la necesidad de separar la práctica activa de la política profesional de la espectación pasiva de los ciudadanos a través del juego de la *representación*. Que es, en cambio, la utopía de la *otra* gran tradición filosófica-política surgida en los siglos XVII y XVIII europeos: la liberal. Democracia y liberalismo, entonces. Participación y representación. José Nun ha insistido en que los años de la así llamada "transición democrática" argentina (que, estamos proponiendo, podemos dar ya por cerrados) lo fueron más bien de "transición" hacia una unidad compleja habitada por estas *dos* familias de pensamiento, tradiciones, instituciones y prácticas, que no sin tensiones y antagonismos logran, en ciertos sistemas que podemos llamar "democracias liberales", o "liberalismos democráticos" -como los que conocen hoy buena parte de las naciones capitalistas noroccidentales-, convivir. Aquí quiero postular otra cosa: que no sólo deberíamos evitar la simplificación de llamar con el demasiado unívoco nombre de "democracia" a una forma de organización de la vida política que es en realidad compleja y por lo menos dual, sino que la importancia relativa de los componentes "liberales" y "democráticos" durante el período que corre entre las elecciones del '83 y el Pacto del '93, lejos de ser constante, se fue alterando según una lógica que no es difícil, retrospectivamente, comprender. Y que una mirada de conjunto sobre aquellos años nos permitiría afirmar que el sentido global del proceso marcha de un fuerte acento puesto sobre las dimensiones democráticas y de estímulo a una ciudadanía activa y plena a una celebración cerrada del "sistema de reglas de juego" capaz de separar el territorio de la política (precisamente: "reglada") de los sitios "pre-políticos" de las interacciones sociales

directas, sistema de reglas en nombre del cual, a partir de cierto momento y en un *crescendo* desde entonces vertiginoso, se empiezan a considerar "excesivas", "desestabilizadoras" y hasta "ilegítimas" las propias demandas sociales que en el pasado se suponía que ese sistema de reglas de juego debía contribuir a satisfacer.

De la democracia al liberalismo, entonces. De la participación a la representación. Quizás no constituya un exceso afirmar que el proceso tiene el mismo sentido global que Waldo Ansaldi trató de retratar en el título de un sugestivo ensayo suyo sobre un período bien distinto de la historia política nacional: el que se abre en 1810 y se va cerrando hacia el invierno de 1880. "Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes", titula Ansaldi, en efecto, su estudio, que recorre la historia de las transformaciones de las ideas políticas y los instrumentos de gobierno durante el siglo XIX argentino. Que se inaugura -en Mayo- con fuertes apelaciones democráticas, participativas y nitidamente rousseauianas, y se resuelve con la instalación del estado roquista bajo el lema "paz y administración", cuya materialización requería una sociedad totalmente sujeta a una autoridad absoluta y con un espacio de participación política -escribe Ansaldi- "restringido, sin resistencias, uniforme y con una amplia masa de hombres y mujeres pasivos, meros habitantes con amplias libertades civiles, más no ciudadanos". Pues bien: tengo la impresión de que este artículo tiene el mérito de dar con una clave profunda de interpretación de procesos políticos argentinos muy lejanos en el tiempo a los que constituyen su objeto de estudio inmediato, pero que sin embargo comparten con ellos una suerte de estructura secreta: el signo, el sentido que queda enunciado en su título, y que hace aparecer a las invocaciones democráticas y participativistas, y a los movimientos auspiciantes de formas plenas y activas de la ciudadanía política, como simples *coartadas*, como meros *atajos* discursivos o políticos hacia el establecimiento de formas de organización social altamente limitativas de las libertades políticas de participación y deliberación colectivas y fuertemente estimulantes, al contrario, de sistemas políticos sostenidos sobre el establecimiento de relaciones verticales entre el Estado y los ciudadanos, más que de relaciones horizontales de los ciudadanos entre sí. Sistemas políticos *consentidos* pasivamente, y no *consensuados* a través de

una deliberación, de una discusión activa entre los hombres.

Es el caso -estábamos tratando de sugerir- de los años de la "transición democrática" en la Argentina. En efecto: Esta transición, que fue en realidad -dijimos- una transición hacia un liberalismo político sólo moderada, parcial y temerosamente democrático, tenía por delante, a comienzos de la década del '80, un desafío tan gigantesco (el de establecer un sistema de reglas de juego en un país ganado por el autoritarismo y el terror), que debió apelar a un *atajo* democrático, a una *coartada* democrática, al expediente de recurrir a una participación activa de la ciudadanía en el apuntalamiento de las precarias instituciones que luchaban por consolidarse. Sólo cuando ese apuntalamiento pudo considerarse definitivo estuvo la "transición" en condiciones de mostrar su hasta entonces escatimado rostro liberal y de condenar, en nombre de la "estabilidad" de esas mismas instituciones, la participación ciudadana cuyo concurso había solicitado ayer en su defensa. Entonces: entusiasmo democrático y desencanto liberal. Ése es el sentido global del ciclo de la "transición democrática" argentina, cuyo destino final no es otro (*nunca fue otro*) que éste que hoy tenemos a la vista: El de un Estado en condiciones de garantizar las libertades individuales a sus súbditos, con quienes sostiene relaciones verticales que les reservan instancias mínimas y ocasionales de participación, y, del otro lado, una sociedad desmovilizada, pasiva y acrítica, mera espectadora del mayúsculo espectáculo que otros ponen en escena para ella, sin ninguna capacidad para intervenir en la definición de los límites de esa escena ni en las características que asume esa representación.

### A pactar que se acaba el mundo

Es por esto que afirmo que el pacto secreto entre Menem y Alfonsín constituye el momento culminante (y final) de la "transición" argentina. Esta misma circunstancia -que se haya tratado de un pacto *secreto*- habla suficientemente del escaso valor que los dos mayores líderes políticos de la década que se cierra otorgan a la participación popular en los asuntos públicos: Si la democracia, decíamos, supone la participación deliberativa y activa de la ciudadanía en la resolución de sus problemas comunes, y el liberalismo, en cambio, supone la idea de que los ciudadanos son *representables* por otros que son los únicos que, *en su nombre*, luego deliberan y gobiernan, el *secreto* constituye la fase superior de un modo de concebirse la política de espaldas al pueblo, a su posibilidad de participación, control e *incluso conocimiento* de las acciones de sus representantes. Éstos *representan (mejor: encarnan)* de un modo que se quiere tan inequívoco la voluntad de la ciudadanía en cuyo nombre deliberan, pactan y negocian, que incluso desearían que ésta no tuviera, después de su módica tarea de elegirlos a ellos como sus albaceas, ningún tipo de conocimiento de estas deliberaciones, pactos y negocios privados.

Pues bien: Tarea cumplida. Dilapidada la movilización popular en las pascuas alfonsinistas, traicionada la convocatoria democrática con que el menemismo llegó al poder, los máximos líderes de la "transición democrática" sellaron en noviembre de 1993 -en secreto, de espaldas al temido enemigo que es el pueblo- el acuerdo más escandaloso de la década que los tuvo por protagonistas centrales, y al mismo tiempo el más representativo del espíritu que la gobernó. El destino del anunciado plebiscito por la reforma constitucional constituye la perfecta y patética metáfora del modo en el que se concibió durante estos años la función de la opinión pública: Convocado para revalidar una decisión previamente tomada en las esferas del poder, gobierno y oposición optaron prudentemente por levantarlo tan pronto como la marcha de sus secretos negocios les permitió evitar el incómodo enfrentamiento con la voluntad popular. Con este último gesto antidemocrático y vergonzante, el ciclo de la "transición" termina de cerrarse: La representación se ha impuesto sobre la participación; el liberalismo ha triunfado sobre la democracia.

Lo que aquí querría proponer es que este triunfo acarrea un corolario tan políticamente grave como teóricamente empobrecedor: la concepción de la política como un conjunto de prácticas asociadas a la *gestión* de los problemas y tensiones de una sociedad, y definidas -y acotadas- por el sistema de "reglas de juego" que a un tiempo las constituye *como* políticas y les permite una protectora distancia respecto a los escenarios de los conflictos y de las interacciones sociales "directas". La política, en fin, como un juego preservado de temibles involuciones o retrocesos a las zonas "pre-políticas" del conflicto social y recogida, replegada -diríamos- sobre sí misma. Como una práctica *autónoma*, pues, que querría poder definir por sí misma su horizonte de problemas, su sentido y sus límites. Ése era el sueño de los años de la "transición", y puede afirmarse que ese sueño se ha visto coronado por el más completo de los éxitos. En efecto: Podemos afirmar que se han consolidado hoy entre nosotros unas prácticas, unos procedimientos, unas rutinas y unos intercambios propiamente "políticos"; que la política vive por fin un momento glorioso en el que ha logrado consagrar a sus incuestionados profesionales, instalarse en ciertos círculos en los que nadie sueña ya con disputarle la soberanía, construir un tipo específico de saber y definir por sí misma sus horizontes y sus problemas. Lo que no es seguro es que el resultado final de ese proceso deba conformarnos. Porque esa consolidación de un campo de la práctica política reglada sólo ha podido verificarse al alto costo de un distanciamiento de esas prácticas respecto a los viejos lazos que aún las ataban a los universos de la cultura, de las tradiciones y de los mundos de vida de los hombres: al alto costo -en otras palabras- de su transformación en una *técnica*, en un procedimiento, desprendido ya de los territorios extra o pre-políticos en los que recogía su sentido y desde los cuales *tenía sentido* pensarla. ¿O no reciben el cibernético nombre de "operadores" los profesionales consagrados del juego de la política?

De eso hablábamos: De los operadores políticos, de los dos mayores "operadores" políticos de la década de la "transición democrática" argentina, y de la más osada de las "operaciones" que ambos hicieron en común, la que a un tiempo constituye el momento culminante de la "transición" y su cierre histórico. Sólo dos palabras más sobre esta cuestión. Para afirmar que es este triunfo del principio de la representación por sobre el antagónico principio de la participación, que es la victoria final de este modo de pensarse la política como una tarea de expertos, practicada lejos del pueblo cuando no de espaldas a él, lo que permite que Raúl Alfonsín pueda todavía hoy reivindicar como un gesto presuntamente progresista (y que muchos puedan aceptar y hasta repetir este argumento) la firma de un pacto sellado a solas y en secreto con el jefe del ominoso proyecto al que -empeñosa y contrafacticamente- dice oponerse, con el argumento de que si el gobierno no se hubiera aliado con él lo habría hecho con otros peores que él, habría obtenido de todos modos lo que procuraba y no habría debido ceder, siquiera, no sé qué inciso sobre la defensa de los gatos monteses o -como me explicó buenamente un amigo, enfurecido con mi incapacidad de comprensión- "de los principios de la Modernidad". O sea: que los buenos tienen que aliarse con los malos para que éstos no lo hagan con los malísimos. La idea sólo resulta compatible -insistamos- si se acepta que la política es apenas un juego de alianzas entre profesionales de ese tipo de negocios y a espaldas de la participación, la opinión e incluso el conocimiento de los ciudadanos a los que éstos pretenden representar. Es decir: si se piensa en los términos del paradigma liberal largamente hegemónico, hoy, en la Argentina. Si, en cambio, se concibe la política de un modo más amplio y más participativo (es decir: más democrático), la pregunta no es ya cómo forjar pactos menos malos con los malos, sino cómo crear las condiciones para la participación popular, el protagonismo creativo y autónomo de los ciudadanos alrededor de los problemas que les atañen. Negociar en secreto el levantamiento de un plebiscito (forma altamente mediada, cierto, de participación popular, pero en cualquier caso bastante menos mala que nada) y pactar las condiciones de rendición de las armas antes de una batalla por la conquista del voto popular que no nos atrevemos a dar es -por donde se lo quiera mirar- un gesto antidemocrático y reaccionario. La justificación de esa negociación y de esa renuncia en la circunstancia de que las encuestas de intención de voto presentaban a nuestra posición como minoritaria demuestra hasta qué punto la pomposa afirmación de que "si la sociedad argentina se ha vuelto conservadora nosotros debemos prepararnos para perder elecciones, pero no para volvernos conservadores" no pasaba de ser, apenas, otra bravuconada más.

Con lo que va terminándose de definir el perfil del que es, acaso, el signo dominante de la autocomprensión teórica de los actores políticos de los años

ochenta, y también la mayor herencia que estos años que se abren después del pacto de Olivos han recibido de ellos, y que aquí vamos a llamar "realismo progresista". Si esto es así (quiero decir: si es cierto que este *realismo progresista* es la mayor herencia que estos años han recibido de los que los preceden y los hacen posibles), nuestra hipótesis de que *la transición ha terminado* puede reescribirse de este modo: Ha terminado, sí, y *ha terminado bien*. Y esto no sólo en el sentido -que ya apuntábamos- de que ha terminado viendo consolidarse el tipo de sistema político por el que desde el comienzo había bregado (es decir, que ha terminado "bien" en los términos de lo que ella misma había definido como políticamente "bueno"), sino también en el sentido de que *ha convertido los supuestos teóricos de su propia interpretación de las cosas en el sentido común del pensamiento político posterior*. ¿Y en qué consiste este sentido común? Brevemente (y resumiendo cuanto decíamos): en la aceptación de la consigna de que para hacer política no hay que ser *loquitos*.

*No ser loquitos*: Aceptar los límites de la realidad, pensar dentro de ellos, y no de adolescentes utopías *Que creíamos superadas*, movernos dentro de los horizontes de lo posible y ser, *en ese marco*, personas avanzadas, críticas y humanistas. Así podría definirse el tipo de "realismo progresista" que -decíamos- suele estar en la base de las explicaciones que Raúl Alfonsín (pero veremos enseguida que no sólo él) acostumbra dar a sus comportamientos políticos. Es por eso que resulta absolutamente pertinente el recuerdo de Horacio Verbitsky, en una de sus recientes notas dominicales, acerca de la propuesta de una "salida a la portuguesa" de la última dictadura militar, formulada por Alfonsín el 24 de marzo de 1977 (el mismo día que Rodolfo Walsh optaba, en cambio, por *denunciar*, en su Carta Abierta a la Junta Militar, los crímenes del Proceso) en el diario *La Opinión*. La propuesta de Alfonsín consistía en que los partidos políticos pudieran ocupar un lugar bajo el régimen de Jorge Videla, quien seguiría siendo presidente, ahora con un primer ministro civil que colaboraría con él en el cumplimiento de los objetivos trazados por las Fuerzas Armadas en marzo del '76. "Por supuesto -escribe Verbitsky con hiriente ironía-, era un proyecto progresista, como todo lo que emana de Alfonsín". El recordatorio de Verbitsky no carece, es cierto, de una dosis de crueldad. Pero no estamos hablando de colegialas vírgenes. Y si digo que me parece sumamente oportuno hacerlo presente es porque nos enfrenta a la culminación lógica de una forma de pensar que es la que sostiene este "realismo progresista" que aquí queremos poner en tela de juicio. Aceptar las situaciones fácticas y ser, *en ese marco*, avanzados, modernos o hasta de izquierda: Aceptar entonces -y movernos con ese estrecho horizonte como límite de nuestra práctica y *de nuestro pensamiento*- que hoy "la gente" no está de nuestro lado, y buscar un lugar donde seguir siendo progresistas a la sombra de aquéllos que sí gozan de sus favores elec-

torales; aceptar -hoy- que el poder lo tiene Menem, y pactar con él las condiciones de nuestra progresista supervivencia; aceptar -ayer- que el poder lo tenía Videla, y *pactar con él* las condiciones para nuestra progresista colaboración. La autopostulación de alguien como inherentemente progresista vuelve *ipso facto* progresistas a todos los movimientos y a todas las escaramuzas conducentes a que esa persona ocupe lugares cercanos al poder.

Querría insistir sobre algo: Es la aceptación acritica de un modo de pensar la política que hace de la participación popular antes un peligro para la "estabilidad" del sistema de reglas de juego que la fuente de legitimidad de quienes ocupan en él los lugares de responsabilidad, y de la política un juego de mañas y astucias practicadas a espaldas de la ciudadanía en nombre de la cual se jura actuar, lo que está en la base de este *posibilismo* resignado y conservador. Por la misma razón, es este triunfo del principio antidemocrático de la representación -que, en el límite, nos lleva a pensar la política como un asunto de especialistas- por sobre el principio de la participación popular, que nos conduce a concebirla como una cuestión que concierne a los ciudadanos, el que está en la base de la idea de que la *governabilidad* de un sistema político requiere la restricción de las demandas y de la participación popular, y no la atención de aquéllas y el estímulo a ésta por parte de un Estado concebido como una auténtica expresión de una voluntad general libremente expresada, y en condiciones de dictar normas -en lugar de aceptarlas- a los actores económicos, sociales y políticos más relevantes de la sociedad civil. Pero no: Para el "realismo progresista" que aquí criticamos esto es un utopismo insensato e irresponsable. Y la política requiere *responsabilidad*. "Los bloques que no tenían esa *responsabilidad* podían hablar con una mayor libertad y pedir más cosas" -dice Alfonsín explicando las razones de las más que moderadas posiciones sostenidas por los representantes radicales en la Convención Constituyente reunida en Santa Fe. "¿No se podía confrontar con el menemismo?" -repregunta entonces el periodista. "No, porque se iba todo al diablo" -remata el líder radical. *Que no se vaya todo al diablo: La lógica de la gobernabilidad como adecuación de las demandas a las "posibilidades reales del momento" lleva siempre a pensar desde el lugar del poder, incluso cuando al poder lo ocupan otros.* Son pensamientos -los inspirados en este desprecio o temor a la participación popular y en esta concepción de la política como actividad autonomizada de los lugares donde recoge su valor y su sentido- *constitutivamente oficialistas*. ¿O no fue Alfonsín quien afirmó, también, que cuando todos los polizontes, los advenedizos y los ambiciosos hubieran abandonado el barco el gobierno podría estar tranquilo, porque ahí estaría la UCR? Ahí: Al lado del menemismo. Ahí: sobándole las axilas al Poder. "Hay que haber sido presidente para entender ciertas cosas", dice Alfonsín hoy, cuando ya no lo es más. Supongo que él cree que suena paternal.

## Progresismo y gobernabilidad

Pensar desde el poder, entonces: Primer signo de este "realismo progresista". Que no tiene en el ex presidente radical, desde luego, a su único exponente. Más bien, al contrario, la preocupación que aquí querría expresar, y que ya ha quedado insinuada, es la que me produce la evidencia de *una perfecta continuidad* entre ese pensamiento alfonsinista y el que se va redondeando ya como un nítido realismo político, modestamente reformista y levemente progre, en la fuerza que apareció, después de las elecciones del 14 de mayo, con mayores posibilidades de ensayar una práctica alternativa, diferente, a las formas consagradas y dominantes en la política oficial argentina. "Yo siento más responsabilidad con los sectores más demandantes". En esta frase del Chacho Álvarez, "los sectores más demandantes" podría reemplazarse, en principio, por sus habituales equivalentes "los más desposeídos", "los que menos tienen", "los que más sufren" o "los que padecen más necesidades". *Pero no puede*. Porque aquí (aquí: en el realismo progresista que hereda y continúa las líneas maestras de la filosofía política de la "transición democrática", de su conservadora teoría de la gobernabilidad y de su huntingtoniana tesis de los "excesos de demandas"), "los sectores más demandantes" no es, meramente, un eufemismo por la más prosaica "los pobres", sino *la plena asunción del lugar desde el cual se habla acerca de ellos*. En efecto: Los pobres no son, para el realismo progresista de la joven oposición al bipartidismo argentino, los que tienen más *necesidades*, sino los que más *demandas* elevan al poder (lo cual, además, es falso: otros elevan demandas mayores, sólo que éstas son puntualmente atendidas según una lógica que se considera parte de la "realidad" frente a la cual resulta *irresponsable* protestar), y quienes más demandas les elevarán mañana a ellos si es que ellos -como esperan- llegan al poder. "Donde hay una necesidad surge un derecho" -se dijo alguna vez en la Argentina. "Donde hay una necesidad surge una demanda" -piensan para sí, aterrorizados, los realistas progresistas. "Cada día me pregunto qué debe hacer una persona cuando se plantea en serio la posibilidad de tener que gobernar" -confiesa el Chacho. Habría que preguntarle a Alfonsín, que, como ya gobernó, entiende ciertas cosas. "Uno se mueve de una manera distinta" -dice. Qué duda. Entre la inexperiencia expectante de los jóvenes realistas del Frente Grande y la experiencia nostálgica del maduro realista radical se tiende el mismo, idéntico horizonte de pensamiento: el poder. La circunstancia de que ni éste ni aquéllos lo detentan no vuelve a sus ideas menos conservadoras, sino más patéticas.

Querría indicar un sitio donde esta continuidad entre el pensamiento alfonsinista y el que empieza a organizarse en torno a la alternativa encarnada por el Frente Grande encuentra una verificación más tangible. Hablo de las páginas de la revista de cultura socialista *La Ciudad Futura*, cuyas simpatías hacia el

viejo líder radical son tan resistentes (y esto, en estos días de travestismos y arrepentimientos, es un reconocimiento y no una chicana) como inequívoca su vocación de construir -cito a uno de sus directores, Juan Carlos Portantiero- "una amplia coalición de centro-izquierda (...) en condiciones de enfrentar a la actual coalición gobernante de centro-derecha". La frase que termina de leerse cierra un artículo -publicado en el número de otoño de 1994- lleno de comprensibles dudas y vacilaciones alrededor de la "contradicción, difícilmente resoluble aun para el político más audaz", en que habría incurrido Alfonsín al "intentar ser a la vez jefe de la oposición y garante de un pacto que es visto por la sociedad como una claudicación o como un trato trampa", pero cuyo espíritu general tiende a avalar la tesis de que "un radicalismo fuerte es imprescindible para la construcción de una alternativa de oposición democrática", y el corolario de que la tarea del Frente Grande debería ser, antes que intentar medrar con la crisis de la UCR, apuntalar "la construcción de una alternativa amplia frente al gobierno, *impensable (...) sin un diálogo franco con el radicalismo*".

Pero vivimos tiempos de cambio. Si las palabras conservaran algún sentido, diría: de "transición" y de "crisis". De pasaje: Entre lo viejo, que (según reza una fórmula ya clásica) "no termina de morir", y lo nuevo, que -previsiblemente- "no acaba de nacer". Traduzcamos: Entre los años transcurridos hasta el Pacto del '93 y los que se abrirán a partir del 14 de mayo del '95. Son meses -éstos que corren entre estas dos fechas claves- de vertiginosos reacomodamientos políticos y conceptuales. Y es precisamente este vértigo el que explica que sólo noventa días después de la aparición del artículo que comentábamos la perspectiva de nuestro autor haya producido un doble giro. Primero, hacia la constatación de la pérdida de centralidad del radicalismo en la eventual conformación de esa ansiada fuerza de centro-izquierda: "Los radicales (...) deberían advertir seriamente que ya no son la única alternativa viable de la oposición y que además está en dudas que siga siendo la más numerosa". Después, hacia la evidencia de que esa nueva fuerza podría llegar a tener por delante, más que la tarea de condicionar desde la oposición un nuevo período menemista, la de gobernar el país, y hacia la correlativa celebración de la "prudencia" y el "realismo político" evidenciado por quien aparecía ya, indudablemente, como su máximo "referente": "Por primera vez (...) un pensamiento de izquierda democrática que recorre a varias fuerzas políticas y constelaciones ideológicas se plantea salir de su enclaustramiento testimonial, de su *ghetto* confortable de cultura de oposición, para asumirse en el nivel de la cultura de gobierno. En este aspecto, fundamental, decisivo para cualquier futuro político, el progresismo argentino parece hallarse en vísperas de una mutación. Mucho es lo que habrá que agradecer a la lucidez, al coraje y a la honestidad intelectual de Chacho Álvarez por esta posibilidad de transponer los atávicos muros del aislamiento. Ha sido

él quien con mayor fuerza ha planteado la necesidad de ese salto hacia la madurez, incorporando a un clásico discurso de la negatividad retórica la productividad de un mensaje que recoge la estabilidad democrática y la estabilidad económica como *conquistas* a las que no se debería renunciar, aunque dotándolas de nuevos contenidos". Por supuesto, siempre están los *loquitos*, los principistas, los "testimoniales" (porque es cierto: lo de Walsh -ya que lo mencionábamos- fue apenas un *testimonio*; era indudablemente más responsable, y acaso hasta más "progresista", preservarse para las batallas futuras), los *inmaduros* -decía- que no piensan desde la "cultura de gobierno" (único sitio desde el cual, en cambio, pueden pensar los realistas progresistas) sino desde una anacrónica "cultura de la impugnación": "Ése es un primer obstáculo para la conformación política de una nueva mayoría que no debe ser subestimado: el del sectarismo de una izquierda que, en nombre de 'principios', bloquee desde dentro del Frente Grande la posibilidad de aperturas hacia la creación de una nueva mayoría progresista preocupada por los problemas de la gobernabilidad".

Progresismo y gobernabilidad, entonces. La mágica ecuación va definiendo sus perfiles "a medida que nos vamos acercando al 14 de mayo" -como se abre, evidenciando una dinámica idea del presente histórico que sin duda autoriza el ejercicio que estamos intentando, el tercer artículo de la serie que consideramos: el correspondiente al número aparecido en la primavera del '94. En él, "dos temas quedan claros: primero, que a la coalición derechista de Menem sólo se le puede oponer una coalición progresista; segundo, que la UCR ya no puede ser el motor de esa convergencia". Nada, absolutamente nada -repárese en esto-, ha cambiado en el pensamiento de Portantiero en el transcurso de los meses que separan los artículos que hemos considerado. (Me atrevo a decir más: muy poco ha cambiado en él en el transcurso de la última década. Y esto, nuevamente, no es una crítica, sino el reconocimiento a la coherencia de un acabado pensamiento liberal.) Los que se han modificado son, apenas, "aquellos a quienes la historia ha colocado en el rol de protagonistas centrales". Y así, *el mismo pensamiento* ha venido a desplazarse del compromiso con la UCR, movida hoy por incomprensibles e "incontenibles pulsiones autodestructivas", al apoyo al Frente Grande, que tiene que aprender rápidamente lo que el viejo partido acuñó como experiencia de un siglo de vida y varios lustros de gobierno. Es seguramente por eso que el imperativo de la "madurez", ya anunciado en el artículo anterior, aparece dos veces a lo largo de éste. Una, para insistir sobre "la necesidad de superar el marco testimonial de la protesta e *ingresar en la más madura esfera del realismo político*" (vayamos subrayando: productividad, gobernabilidad, realismo); otra, para advertir a los nuevos protagonistas del sueño progresista, con tono paternal y severo, que "deberán rendir diariamente *exámenes de madurez*".

## Hoy y aquí

De acuerdo. Lo que aquí quiero poner en cuestión es que existan formas únicas de madurar, por lo mismo que me parece que no existen formas únicas de gobernar ni formas únicas de la realidad. O sea: que las ideas de madurez, gobernabilidad y realismo quieren decir demasiadas cosas, o ninguna. Y quiero poner en cuestión que esas palabras tengan significados evidentes y únicos porque ése es el modo, me parece, de rebatir un argumento de creciente peso entre los que se elevan últimamente a favor del "pragmatismo" de los realistas progresistas. Lo tomo de una de las mejores plumas de la primera línea intelectual del Frente Grande, la de nuestro amigo Mario Wainfeld, quien suele ofrecer en el diario *Página/12* (con el que trataremos de hacer aquí un ejercicio similar al que ensayamos antes con *La Ciudad Futura*) sus siempre sagaces pareceres. Púes bien: no puedo menos que oponerme a uno de ellos, presentado bajo la aparentemente neutral forma de una pregunta: "¿Es el Chacho Álvarez demasiado pragmático?" Y las respuestas, anotadas una tras otra como lo haría un cronista imparcial que se limitara a hacer constar las opiniones de "la calle", de "la gente": "Algunos sugieren más coherencia ideológica. Otros coinciden con el escritor Álvaro Abós: sólo es válido impugnar el pragmatismo de Álvarez propugnando coherencia ideológica si se renuncia a pelear institucionalmente hoy y aquí contra la perduración del menemismo". Aquí -se ve claro- el círculo se cierra: Los que no pensamos en los términos del cerril liberalismo político dominante hoy en la Argentina, los que no concebimos a la ciudadanía como una teleplatea bobalicona y pasiva, los *loquitos* que creemos que la democracia tiene algo que ver con el estímulo a la participación popular en los asuntos públicos, los que no pensamos como se piensa "hoy y aquí" ("hoy y aquí": en la Argentina de Carlos Menem), no sólo estamos desubicados y no comprendemos que cuando se tienen responsabilidades políticas y se piensa en gobernar un país hay que ser un poco menos "ideológicos" y "principistas", sino que somos los responsables, los culpables, de la eventual perduración del menemismo en el poder.

Es necesario rechazar este tipo de chantajes, formulados bajo el amparo del argumento de que es necesario comprender el espíritu de los tiempos y los límites objetivos de la realidad. Ni lo uno ni lo otro: Ni comprensión del espíritu de lo que angelicalmente se llama "los tiempos", que nos lleva a andar a cada paso pidiendo disculpas por nuestro "anacronismo" (anacronismo que, si se entiende por él no el apego a ninguna "atávica" receta del pasado sino el derecho a dar un paso fuera de las coordenadas ideológicas del presente, es en realidad *la verdadera condición del pensamiento crítico*), ni aceptación de los límites presuntamente "objetivos" de lo que pomposamente se llama "la realidad", tesis bajo la cual se hace reingresar el mismo economicismo que ayer se había echado por la puerta grande de la épica de la reconstrucción institucional por la ventana vergonzante de un posibilismo

resignado y reaccionario. Porque está claro: *la realidad*, a menos que nos pleguemos a alguna tonta forma de realismo que la filosofía del conocimiento hace tiempo que ha dejado atrás con suficientes argumentos, es eso que *las formas perceptivas de una época* (cuya relación con *los poderes fácticos* que la habitan no hay que ser Foucault ni Kuhn para advertir) nos permiten ver y percibir *como real*. Es pues a *ellas* (es decir: a *ellos*), y no a ninguna mítica realidad en-sí, nouménica, preconceptual o virgen, a quienes rendimos pleitesía cuando hablamos con nuestro pedante, con nuestro "maduro" estilo presuntamente descriptivo. Por lo mismo, es a *ellas* (es decir: a *ellos*) a quienes denunciamos cuando elevamos frente a su imperio una visión alternativa del mundo. Pongámoslo así, de modo intencionalmente paradójico: el realismo no es más que una burda forma de idealismo, porque sostiene como una evidencia lo que no es más que una construcción artificial y caprichosa, y como una necesidad lo que es apenas una contingencia cuya verosimilitud tiene la vida de los poderes sobre los que se sostiene. Los verdaderos realistas, en cambio, son los *loquitos* que, desconfiando de la naturalidad de esa construcción, de la eternidad del presente que se ofrece a su mirada, de la inevitabilidad de las perspectivas que se presentan como inexorables, postulan la posibilidad de pensar *de otro modo* las cosas.

Lo otro -repetámonos- es pensar las cosas del modo en que las piensa el poder. La "época". Ser la izquierda del poder, o de la época. Aceptar -decíamos más arriba, hablando del "realismo" alfonsinista- las situaciones fácticas y ser, *en ese marco*, progresistas y buenas personas. *En ese marco*: Por ejemplo, en el marco de la incontestable hegemonía duhaldista en la provincia de Buenos Aires. Esto sí es una chicana, y la autoriza el ejercicio que habíamos anunciado. Que consiste en superponer el artículo de Mario que estábamos considerando con otro escrito suyo, publicado en el mismo diario un par de semanas antes, y que me parece que nos ayuda a comprender la posible culminación lógica del tipo de razonamiento que estoy tratando de impugnar. En ese artículo Wainfeld describe las artes del "caudillo conservador popular" y señala que "muchos técnicos 'progres' -entre la nada y lo posible- eligen trabajar con él o con los punteros o intendentes que reproducen su estilo y lo desparraman por la provincia", para estampar enseguida que en estos casos "hablar de cooptación o de traiciones es simplismo. Quienes están cerca de los sumergidos saben que sus urgencias no aceptan sutilezas." Otro chantaje: Esta vez no es que los protestones estemos a favor de la perpetuación del reinado de Menem, sino que no estamos cerca de los sumergidos. Si no, entenderíamos que aquí hay que dejarse de macanas y de una buena vez comprometerse con "la realidad". Y nos dejaríamos de jorobar con nuestros pensamientos vacíos y especulativos, que sólo saben criticar y no proponer, entorpecer y no colaborar, volver una y otra vez sobre sí mismos en lugar de brindarse generosos al servicio de lo mucho o poco que, *dentro del horizonte de lo dado*, puede hacerse. Y comprenderíamos a quienes

tratan de hacer algo por "los sectores más demandantes" (no como nosotros, que nos pasamos la vida leyendo el *Fedro* de Platón o la *Ética* de Spinoza o *Economía y sociedad* de Max Weber o *El ser y la nada* del viejo Sartre) *en el marco de lo posible*. En el marco de lo posible; es decir: bajo Duhalde. No como nosotros, que estamos con Menem.

Durante los años de la "transición" había una especie de regla mnemotécnica que solían recitar los estudiantes de ciencias sociales: la regla "de las tres De". (Desarrollo, Dependencia, Democracia), que permitía ubicar rápidamente los grandes problemas, los grandes horizontes temáticos de la sociología aca-

démica nacional durante las décadas de los '60, '70 y '80, respectivamente. Una vez, jugando con las palabras como en un trabalenguas, hice un chiste con esto. Una pregunta: "¿La 'De' de qué será la 'De' de los noventa?" Entonces eran los ochenta, y mi pregunta no tenía, todavía, respuesta. La respuesta que se puede leer en los resultados de las elecciones del 14 de mayo y en las del plebiscito por la reforma de la Constitución provincial y en los diarios de todos los días y en las preguntas que se hace Mario. Y en las respuestas que Mario ofrece a esas preguntas. Sí: hoy la pregunta de mi tonto trabalenguas tiene una respuesta. Y yo paso. Perdón, pero paso. Será una sutileza.

## DE INFAMES Y COBARDES

por María Pia López

"¡Qué lista! ¿De dónde habrán salido tantos monstruos?"

Roberto Arlt

En la primavera de 1994, Carlos Menem defendió el accionar de las fuerzas armadas durante la década del '70, que produjo como saldo 30000 desaparecidos. La situación nos hace recordar una antigua frase: "la tradición de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos"<sup>1</sup>. Y sí, la clase política en general, padece lo sucedido durante el último gobierno militar como una pesadilla reiterada e ineludible, que convendría exorcisar o conjurar.

### Un breve racconto del mal sueño

El retorno de la Argentina a un régimen constitucional estuvo signado por la discusión sobre las formas de resolver la tensión entre la necesaria justicia y la gobernabilidad posible. Los engreídos dictadores, en sus negociaciones con la Multipartidaria, daban por sentado el olvido y el perdón hacia sus crímenes. La clase política, aturdida por la aún fuerte posición militar, accedía a sus condiciones. En 1981, la Multipartidaria, en su documento *Antes que sea demasia-*

*do tarde* centró sus críticas en el accionar violento de la subversión, opinando que "la conciencia moral del pueblo vio en el terrorismo una expresión de elitismo y crimen y acompañó la acción de las Fuerzas Armadas"<sup>2</sup>.

Los dirigentes civiles tomaban como suyos los argumentos militares, quizás por coincidencias profundas, o tal vez por sutiles pensamientos estratégicos, cristalizando la tendencia a suponer que ciertas concesiones -o promesas de concesiones- son imprescindibles a la hora de luchar por el poder, a la vez que poco costosas para las propias convicciones.

Nuestros representantes hacen gala ya de su *transformismo*, ya de su *ingenuidad*. O bien colocan su acceso al poder como un fin en sí mismo, sin postulación alguna de objetivos porque estos no serían otra cosa que las tareas del momento; y al hacerlo reniegan de toda posición principista como obstáculo a sus travestismos diarios. O -lo que no es menos grave- negocian aún en contra de sus propias convicciones, suponiendo que de tal modo defienden cierto núcleo esencial que subyace pero no es trans-

formado por los cambios de ropaje. Ambas estrategias -la del político cínico y la del ingenuo- no son más que distinciones entre los discursos justificadores, ya que, en el plano de la acción pública la táctica es la misma: *conceder*.

En 1981 esto era conceder a los militares la garantía de no investigar ni juzgar lo sucedido durante el proceso. Un año después, la derrota militar de la dictadura en las islas Malvinas, sumada a la presión en el frente interno de los organismos de derechos humanos, le hizo perder al régimen capacidad de negociación y a la clase política le permitió aumentar su valor cívico y justiciero.

Transcurrieron campañas electorales con dirigentes que prometían no posibilitar la amnistía -en especial el candidato radical-, pero luego no sería sencillo conciliar las reivindicaciones de justicia con las tareas que demandaba la reorganización institucional. Frente al problema del genocidio, la ambigüedad de los mensajes de los funcionarios gubernamentales, y de los líderes de la oposición, no era menor que la expresada en las formas dubitativas de las teorías sobre transiciones políticas.

Sintéticamente: *pacto o justicia*. Una mano de pintura sobre los campos de concentración y sobre el blanqueado, reinscripción de la Constitución del '53; o satisfacción de demandas basadas en principios fundacionales -como la justicia- que podían derivar en problemas de gobernabilidad. Los prudentes políticos -si bien derogaron la autoamnistía dispuesta por la última junta- y los no menos prudentes intelectuales de los '80, se inclinaban por soluciones "razonables", que el gobierno alfonsinista supo acoger: comisiones de notables, investigación más que voluntad de castigo, no publicación de nombres de represores, intervención de la justicia militar como condición al juzgamiento civil, etc.

Sin embargo la gestión de la CONADEP fue más eficiente de lo que su creador pretendía, y se intentó moderar la brutalidad de sus revelaciones con discursos ministeriales sobre el terror subversivo. También hubo juicios civiles y condenas -aunque insuficientes, simbólicamente importantes- a las Juntas militares.

Mientras tanto, Alfonsín con un brazo agitaba a los endemoniados fantasmas del pasado que tenían vocación por reencarnarse y con el otro escribía las leyes de punto final y de obediencia debida, ese intento escasamente sutil de encubrir a los directos ejecutores de las atrocidades a fin de salvaguardar la integridad de una institución tan legítima y protectora de los ciudadanos como nuestras FFAA.

Persistían ciertas vergüenzas, que volvían a sus portadores más lastimosos que cínicos, o de acuerdo a sus justificaciones, en demasía ingenuos. Algunos votaban las leyes haciendo arcadas, otros en pos de la necesaria reconciliación nacional, que exigía no la revisión integral del pasado sino su prudencial ocultamiento. Los de lecturas clásicas recordaron la distinción weberiana entre la *ética de la responsabilidad* y la *ética de las convicciones*. Los organismos de DDHH, y todos aquellos que repudiaban tales lega-

lismos eran portadores de un peligroso apego a sus profundas convicciones, que les impedía comprender al estadista que laboraba en su favor, o en provecho de la Nación. Éste, el estadista, es quien posee la benemérita ética de la responsabilidad, y por tanto es capaz de asumir para sí las más degradantes tareas, las mayores infamias, con tal de mantener el orden casero.

El trayecto de los responsables gobernantes va desde Luder con su decreto ordenando aniquilamientos hasta Alfonsín y sus felices pascuas. No es nuestra intención negar los matices que hacen que alguien sea considerado el gestor de una transición democrática mientras otro el acompañante de un conductor que se dirige al precipicio. El problema es que comparten -no sólo ellos, sino la entera clase política nacional- la *seducción del amparo fácil en problemas de gobernabilidad, en realismos posibilistas, que culminan en negociaciones oscuras y pactos inconfesables*. En los años '80 predominaba el tipo ingenuo de político, que en aras de la Democracia, la Pacificación, la Reconciliación votaban tanto las leyes indultadoras como los ascensos de los acusados por su activa participación en la dictadura. Ambigüedad y contradicción: Astiz en la calle y en servicio como forma de defender la Democracia. *Ambigüedad y contradicción*: condena moral de los crímenes pero sujeción a lo que consideraban los requerimientos de la coyuntura nacional.

*Tiempos de hegemonía del moralismo*: el reclamo ético es reducido a fachada -ya que no conduce a ninguna acción concordante-; y se combina con una apelación al pragmatismo más craso, el de lo posible. Si décadas antes era un lugar común el pensar que el reclamo ético era un modo de ensanchar el campo de lo posible; en los '80 se impone la idea de reducir la ética al movimiento posible dentro del espacio ya conocido.

## La exaltación menemista

Recambio institucional en 1989; y a fines de 1990, indulto a los comandantes y a Firmenich, que complementaba el gesto anterior de perdonar a los subordinados. Nuevamente, el discurso del "yo no querría pero debo hacerlo". El decreto 2741 argumentaba que sus objetivos eran la reconciliación definitiva de todos los argentinos, y la consolidación de la democracia. Y el indulto era el idóneo "mecanismo político para crear las condiciones de la pacificación nacional... Es una entre las muchas medidas que el Gobierno -sacrificando convicciones obvias, legítimas e históricas- está dispuesto a propiciar para lograr la pacificación de la República"<sup>3</sup>. Notesé: convicciones legítimas, acerca de las que se dan el lujo de decir obvias, y se arrojan el derecho de sacrificar. Muestra de un grosero maquiavelismo que consiste en usar los peores medios para los más loables objetivos y presentar tal operación con dichos grandilocuentes.

Hubo repudios -también obvios, también legítimos- tantos como los desplegados un año antes contra los jóvenes que coparon el cuartel de la Tablada, quienes fueron objeto del encamizamiento de los intelectuales y políticos progresistas, que sólo luego de largos años empezaron a recordar la arbitrariedad del proceso judicial por el que fueron condenados. Los repudios a los hechos mencionados -indulto y Tablada- enfatizaban la necesidad de respetar el funcionamiento de una legalidad establecida, y en especial, la centralidad, en la democracia, del poder judicial. Ambos se basaban en la defensa del orden constitucional recreado a partir del '83, y en la eficacia de ciertos procedimientos para establecer culpabilidades. Al indulto se lo repudió por liberar asesinos ya juzgados, a los militantes del MTP se los entregó de manos atadas porque estratégicamente su acción favorecía la libertad de los militares, ya que le permitió a los gobernantes agitar la bandera atemorizante de la subversión, socializar su pesadilla.

Contenían mucho de legalismo las críticas al indulto, y también una demasía de moralismo, los mismos que habían votado o promovido perdones anteriores se desgarraron las vestiduras. Las Madres de Plaza de Mayo evitaron ambas tentaciones y recordaron que "la lucha siempre fue política. No creemos en esta Justicia perversa. Nuestro accionar nunca fue jurídico"<sup>4</sup>. No escuchemos: es la irresponsable ética de las convicciones las que las mueve a la crítica.

Esta breve historia de la infamia tiene un nuevo -e inesperado- capítulo con el menemismo tardío. Si hace dos años el líder nos conmovía con la amenaza de generar más adherentes a la organización de las Madres, en 1994 comenzó con un intento en voz baja de ascender a notorios torturadores para culminar con la exaltación sin antecedentes del terrorismo de estado. Sorprendió. En un escenario político en el que las FFAA habían abandonado -en especial luego del asesinato del soldado Carrasco en un cuartel y el procesamiento al inolvidable Videla por apología del delito un año antes- las apelaciones de reivindicaciones honoríficas y públicas, para aunar fuerzas en la lucha salarial, Menem sorprendió. Coincidió con el empapelamiento de la ciudad reclamando derechos humanos para los policías y con sus actos, pero también con silenciosas sentencias condenatorias por apremios ilegales a representantes del orden. Y en ese contexto signado por una crispación en la apolo-gía del orden, ya no murmullos avergonzados pidiendo seguridad sino discursos exasperados contra un permisivo código penal, él gritó -también en forma exasperada- contra la voluntad de mirar hacia el pasado.

Menem fue más lejos de sí mismo como integrante de la dirigencia política nacional. Asumió como propias las convicciones de las fuerzas represivas, y no se amparó ya en ninguna necesidad o imposibilidad de actuar<sup>5</sup>. No se detuvo ante la evaluación benéfica de herramientas tales como la tortura o el

asesinato, amparándose en una espúrea legitimidad: él sufrió en carne propia los rigores estatalizados en el '76, y eso le permitiría erigirse en representante de todos los sufrientes o sus allegados. Su perdón vale por el de todos, pero ahora fue más allá. Ya no se reivindica como víctima sino también como victimario: declara haber consensuado -como gobernador- con la ex-presidenta Isabel, la convocatoria a las fuerzas armadas para que se encarguen del aniquilamiento de los militantes de las organizaciones guerrilleras. Entonces, ya no es que los militares cumplieron órdenes de las Juntas sino de aquel derrocado régimen. *Esquizofrénico: perdona porque fue víctima pero defiende porque fue el jefe de los victimarios*. Sin embargo, esto no significa el equilibrio ambiguo que postulaba la teoría de los dos demonios. Menem -y con él su corte de funcionarios y obsecuentes, en la que tienen lugar tanto los ex partícipes del proceso como los progresistas exiliados- cree que hubo un sólo demonio, y que no fueron los militares.

## Opositores responsables

El parloteo exaltado del presidente coincide con la exacerbación y el regreso a la fama de su mejor comunicador, el de los policías. Si entre abril y agosto fueron los meses dorados de Grondona y Alvarez, padecemos el regreso glorioso de Neustadt, Menem, y sus potenciales aliados ex-uniformados.

Pero el problema no es que ellos fijen la agenda y vuelvan a tocar temas incómodos, sino las respuestas de los opositores (políticos, no los militantes de los organismos de DDHH). Algunos de estos opositores respondieron pidiendo olvido, recordando que era cosa juzgada y que nadie tenía derecho a volver sobre el tema, o sosteniendo que esos problemas son de la agenda '83 y no deberían tener espacio en el debate público del '94. Otros, aún más progresistas propusieron que Menem devuelva -ahora que ha descubierto su coincidencia absoluta con los genocidas- el dinero que cobró como indemnización por su paso por las cárceles del proceso. Nuevamente, ante el cinismo menemista, un matiz de ingenuidad sorprendente: le ofrecen al presidente la posibilidad de un gesto ético, al bajo costo de devolver aquellos pesos, en una situación cuya ineticidad es impudicamente notoria. *Tampoco la salida es el silencio*: sin justicia, sin cuentas claras con el pasado, no hay ninguna construcción legítima del futuro. Los sucesivos actos de amnistía han provocado la posibilidad insoportable de que el taxista que nos lleva a destino, o el compañero de estudios, o el médico odontólogo, o el nuevo vecino, haya participado como victimario de las masacres, de las torturas, de las violaciones. Las heridas no han cerrado, porque los criminales que las abrieron está entre nosotros, sin más esfuerzo que un simulacro silencioso.

En otros tiempos se decía -acusatoriamente- a quienes reclamaban justicia: actúan desde la ética de las convicciones. Hoy es Menem quien, a contrapelo de las relaciones de fuerza y sus condicionamientos, actúa desde una ética de las convicciones. Efectivamente, no era necesario que realizara la pública reivindicación de actos aberrantes, ni siquiera por los reclamos salariales de la oficialidad castrense ni por la posible existencia de lo que considera amenaza de inserción guerrillera -que pueden ser niños en busca de milanesas de soja, o jubilados hambrientos, o estudiantes anticenso-. Lo grave es que desde la vereda de la oposición no se le contestó desde las convicciones opuestas sino intimándolo a optar por una ética de la responsabilidad, y para ellos, esto es una vuelta al silencio, un intento de olvido. Reiteramos: el problema no es sólo que el gobierno reponga un pasado terrible sobre un presente supuestamente esperanzado, sino que al hacerlo se muestra como más aventurado y más arriesgado que la oposición. Menem, dotado de un cinismo particular, se arriesga, habla casi sin apego a las formas de la obtención de consenso. Sus opositores, seducidos por la cercanía al poder, a la vez que temerosos del aumento de esa distancia, convocan a la prudencia. Prudencia que no es temor reverente ante los efectos nocivos de las propias acciones, sino intento de neutralizar esas acciones. Volverlas neutras, incoloras, sin pasiones, sin valores, representar a todos, conceder a cada cual lo que desea. *La mayoría, impregnados del espíritu del menemismo, tienen justificaciones más cínicas que ingenuas.* Necesitan llegar al poder desnu-

dos de valores, despojados de convicciones, para luego adoptar lo que la época, los comunicadores, o la "gente" les solicite.

De este modo -resignándose al uso de la lógica cínica que desprecia los principios- se allana el camino para el triunfo absoluto de las minorías convencidas, como Menem, Neustadt, Sofovich o Bussi. que dejarán tras de sí, un coro de opositores refunfuñando contra la irresponsabilidad y el fundamentalismo.

## NOTAS

<sup>1</sup> Marx, Karl, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Planeta Agostini, 1985, Bs. As., p. 135.

<sup>2</sup> Verbitsky, Horacio, *Civiles y militares*, Ed. Contrapunto, 1987, Bs. As., p. 31.

<sup>3</sup> "El perdón es la última contribución a la pacificación nacional", en *Clarín*, 31/12/90.

<sup>4</sup> Bonafini, Hebe, "No olvidar ni perdonar", en *Página/12*, 2/1/91.

<sup>5</sup> Es notable la similitud entre las afirmaciones de Menem y lo postulado en el "Documento Final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo" del 23/04/83. Allí afirmaban que sus acciones derivaron de la obediencia a los decretos 261 y 2772 de 1975 (en los que se ordenaba aniquilar a los elementos subversivos) y colocaba la responsabilidad en la conducción de las FFAA y no en los subordinados. Por otro lado, negaba la existencia de campos de concentración y afirmaba que había transcurrido una guerra sucia, en la cual se cometieron errores.

## EL AVISPERO

por Christian Ferrer

### Higiene

Se dice que los norteamericanos son gente pulcra. En su breve pero poderosa epopeya, la sinceridad y aseo del alma han sido facetas prominentes de la caracterología americana, constituyen el centro de gravedad de su religiosidad y de su vida pública desde el Mayflower a los cíclicos renacimientos de la América profunda conservadora. En efecto, en ningún otro lugar de la cristiandad -ni tan siquiera en el Vaticano- existe

una zona llamada "Bible belt" (el cinturón bíblico). Pero los Estados Unidos difícilmente puedan competir con los argentinos en cuestiones de higiene. El año 1994 se ha presentado entre nosotros con todos los síntomas que suelen acompañar a los "momentos morales". El reclamo de limpieza es general: un coro de benjamines de la política dirige sus plegarias salvíficas a una ofuscada audiencia electoral, el ruego angustiado y furioso recorre el espectro político de derecha a izquierda. Se multiplican los comités de salud pública, se

elevan las voces indignadas de los ministros laicos, corren denuncias a granel sobre la pobreza de espíritu de la clase dirigente. ¿Nuevamente la ética?

Los adversarios coinciden aunque las apariencias no engañen. De un lado, el Frente Grande, reciente ganador de la lotería electoral, se ha promovido a partir de la crítica a la corrupción, la frivolidad y la vida disipada de la dirigencia política gubernamental. Ofrece como alternativa el ingreso de gente *honesto* a la política. A nadie escapa que se trata, primordialmente, de una demanda de clase media. En los comicios para constituyentes el Frente logró el singular milagro de triunfar en los cien barrios porteños, hazaña que le fuera negada al mismísimo Dr. Alfonsín. Pero esto señala -hasta el momento- la amplitud de su coyuntura y el límite de sus esperanzas. Por su parte, el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, el Ministro de Economía y una considerable segunda línea del funcionamiento gubernamental ha gastado hasta el cansancio un discurso conformado por críticas impiadosas tanto contra la ineficacia administrativa y el dispendio injustificado como contra la impugnación opositora estéril y los vicios farmacológicos privados. A estas taras organizacionales o patológicas oponen la necesidad de dar cabida a gente *de trabajo*. Tal parece ser la preferencia de las clases populares. Dos potencias morales se saludan. Hay lugar incluso para un conocido ideólogo quien de vez en cuando sentencia desde su tribunal de 18 pulgadas: "*Un Catón, el censor, ahí!*".

Resulta sugerente que la censura moral a las actitudes y actividades públicas de la clase política se realice a partir de un *reclamo eugenésico*. Se pretende extirpar los genes "anormales" o excesivos del álbum de familia estatal y dirigencial. Los comunicadores, los estudiantes, los concejales novatos, las amas de casa, no pocos corruptos, algunos jueces, la casta intelectual, todos reclaman una nueva deontología política: reglas claras, ética vocacional, tribunales de honor, confiabilidad representacional. Sustituir a la mafia y a sus secretos de familia por una suerte de colegio de egresados de la ciencia política que tengan bien especificadas sus incumbencias profesionales. Hitler depuró Alemania de judíos, homosexuales, gitanos y comunistas. Más mesurada, la opinión pública vernácula quiere depurar el personal estatal de coimeros, bufones, prepotentes y chorros.

En apariencia, la ética. Soterradamente, un reclamo de competencia profesionalista aderezado con los clásicos condimentos nacionales: el moralismo y la sensiblería. Pero también, una inquietante analogía y lazo histórico con reclamos depuradores exigidos y practicados en este país durante los primeros años del Proceso Militar. ¿Es casual que los dos momentos históricos estuvieran signados por una estabilización ordenancista de los asuntos económicos y estatales? Es posible que el Frente Grande sea el fantasma del optimismo que recorre a la clase media porteña, pero el farfullar del alma oculta mal las ambiciones de la carne; en ese sentido, el país de hace veinte años era sólo una caricatura anticipada de esta nueva Argentina.

## Justicia

Las figuras históricas de Sócrates, de Diógenes, de Muntzer o de Sacco y Vanzetti no son solamente lugares comunes del retablo imaginario de los intelectuales, ni tampoco estampitas que representan a sectas más o menos establecidas o ya desaparecidas; son también emblemas de la innegociabilidad. La ética, para esta gente, consistió en inventar y defender verdades inaceptables. Aquí no hay posibilidad de intercambios sencillos con la comunidad. Lo negociable nunca ha sido un buen ungüento para el corazón ofendido; las cicatrices se curan solas o no tienen precio. Se comprende entonces que esas figuras hayan instalado en sus sociedades una "actualidad deliberativa" que no otorgaba prerrogativas ni al olvido ni al futuro. El anhelo de justicia no está orientado a leyes porque estas sean condensaciones de fuerza o porque en su codificación se resguarde un ideal de dignidad humana. La recóndita esencia de la justicia excede esas justificaciones porque ella es, ante todo, una apatencia que nada puede saciar. Eso extiende el campo de combate tanto como obstaculiza la victoria política.

Sabemos que la irreductibilidad del reclamo conduce necesariamente hacia alguna variante de la guerra. Los confines que están señalados por el reclamo de justicia limitan con tierras de nadie, y tanto el ostracismo como la rendición incondicional, el arrepentimiento o la vindicación por mano propia son los usos acogojantes de un partisanismo político del cual es preciso comprender sus terribles motivos. Profecía, utopía o promesa, es inevitable que a cada cual se le niegue su mesías. Tanto más llama la atención, entonces, la terca persistencia de una aspiración imposible. Lo innegociable no es el contenido de la demanda, sino el reclamo mismo. En el extremo, la demanda de justicia total ejerce un acoso ético sobre la sociedad, le plantea un *fundamentalismo de la conciencia* insoportable. Demasiado para el argentino medio.

Toda crítica social -incluso la de los pensadores más libertarios o más escépticos, la de un Montaigne por ejemplo- es resultado de un *fundamentalismo reflexivo*. El evangelio de un Diógenes, de un Voltaire o de un Breton puede haberse llevado a cabo con la ira, la arbitrariedad o la retórica argumentativa, pero el impulso emocional que les abrió un espacio para las razones de su crítica fue la sólida, impenetrable convicción de la innegociabilidad de la verdad. La creencia que templaba las armas de la crítica estaba garantizada, numerosas veces, por una *profecía fisiológica*. Tanto si se trabajaba por la reconstrucción de la sociedad como si se pretendía un renacimiento del espíritu, la autoterapia suponía una purificación. También aquí se vislumbran peligros eugenésicos, aunque de otro orden.

Y sin embargo, ¿en qué otra cosa consiste la crítica social sino en someter las justificaciones institucionales, comunitarias y personales a un juicio de Dios? En las obras de un Marx, de un Nietzsche o de un Foucault puede leerse -entre líneas- las huellas del

esfuerzo físico-moral realizado para extraer a la época un secreto inconfesable. Han usado el escritorio a modo de quirófano, han hecho del método científico una práctica estetoscópica, han transformado el abecedario en un arma estenográfica, han minado su salud y han hipotecado su vida cotidiana buscando la cifra filosófica en un pajar de datos dispersos y de acontecimientos confusos. Acorralando y abofeteando a la sociedad, sólo lograron someter sus propios cuerpos a la prueba del tormento reflexivo. Así, tanto la figura del eremita como la del duelista componen el ying y el yang del elan vital de la epopeya intelectual en Occidente.

Se conoce la suspicacia que suscitan estas palabras. El rechazo al vanguardismo, al anarcoterrorismo intelectual, a las razones de la convicción, ha sido un gesto político de buen gusto durante los últimos diez años. En el futuro, será necesario interrogar a las categorías de la ciencia política post '83 en tanto pensamientos bellos que necesariamente conducían a opciones políticas "débiles". Sospechas hoy confirmadas: no se trataba tanto de rechazo a las monogamias ideológicas como de pánico a remover el avispero. La moderación se ha transformado en la esencia del pensar contemporáneo. Todos luchan a brazo partido por ingresar en el cono de sombra proyectado por el compás. El mundo se ha vuelto centripeto, ya no hay nadie que no sea de extremo-centro.

Justicia. Pero el reclamo actual, el artículo faltante en la canasta familiar, se recordará, consistía en exigir una purga eugenésica. ¡Y en Argentina, experta en depurar cuerpos! Ya esto es sospechoso. ¿Pero una nueva camada de políticos castos y sanos? En todo caso, la oposición de izquierda progresista estaría abandonando el estadio amateur y adquiere un status profesional. Pero el negocio del político consiste en vender ilusiones a ser entregadas en partes alcuotas. Curiosa especulación financiara la electoral: logra que el futuro le rinda dividendos por adelantado.

## Siniestros y humanos

"Argentina es un país siniestro". Tal es el fraseo que la música Liliana Herrero deslizó como un torpedo sobre el ritmo banal de una entrevista periodística. Es una proposición sencilla y contundente que no puede provocar, sin embargo, reacción alguna en el lector promedio. Es también, por su misma arbitrariedad, el tipo de verdad inescrutable que nos pone sobre la pista de las condiciones de posibilidad de la actividad política en la Argentina. Pues así como la rata recorre el doblez de las paredes, lo siniestro rodea y contiene a la Argentina como una red omnipresente aunque indistinguible; retícula imperceptible, tanto como la nervadura venosa es una evidencia corporal que raramente salta a la vista.

Se sugieren aquí dos condiciones siniestras entonces, dos fundamentos de la política argentina que, si bien son relativamente ostensibles, no suelen ser

vinculadas a la emergencia de un espacio político progresista:

### 1) La asunción personal y social de la amnistía.

No se trata de la aceptación de un decreto señorial o de constatar la pérdida de prestigio y la raleada influencia de la casta militar. La amnistía es un estado de ánimo del pueblo Argentino, y por ello debe ser analizada más como un síntoma histórico que como un abuso de la Razón de Estado. Quien tiene buen oído y estómago fuerte, sabe que el rechazo moral por parte de la población al perdonavidas de Menem no superó el nivel estadístico hipócrita. Pero el porcentaje no es efecto de la sumatoria de voces sino de oídos: nadie quiere escuchar hablar de Videla o Firmenich, sean ellos hombres de carne y hueso o emblemas. Lo único que se les pide a los ex-prisioneros es que desaparezcan de la vida pública nacional. Los compatriotas se recuerdan unos a otros que "el silencio es salud": que nadie saque a luz el pasado, que nadie traiga a colación los métodos y demandas de otra época, que nadie revise nada, que nadie encuentre otro nazi más en la Patagonia. Los amnésicos a los que recurren los argentinos son variados y no excluyen dosis testimoniales controladas, pero todos convergen hacia un silencio acerca del matadero público. La amnistía convierte a ciertos temas y ciertas actividades en una *tabú cultural*, expresado como odio visceral hacia el pasado reciente. Se odia a los testigos, se odia a los supervivientes, se odia por igual a inocentes y culpables (el bando al que pertenecieran cuenta aquí como un detalle menor). Tanta es la aversión de los argentinos hacia su pasado que no han permitido cruces en ningún cementerio, y menos que menos, en los mausoleos de la memoria. ¿Acaso la política pública conocida como "desaparición" coincide con la desorganización simbólica de la sensibilidad moral "clásica" en Argentina? Las voces que testimonien desde ultratumba difícilmente puedan atravesar la mordaza de la amnistía.

2) La aceptación política y académica de "agujeros negros" en la historia argentina reciente que deben ser obturados. La Guerra de Malvinas, El Proceso de Reorganización Nacional, el año 1973. Tres acontecimientos que movilizaron energías colectivas tan desmesuradas que no es difícil, incluso a tantos años de distancia, percibir sus últimos coletazos eléctricos en lugares y asuntos aparentemente neutros. Son también enigmas históricos a los que nadie parece dar una respuesta convincente, una réplica osada. Estos acontecimientos son la clave de comprensión de medio siglo de historia argentina y sin embargo se retraen hacia sí mismos sustrayéndose a la interrogación, a la manera como las luces de un auto permiten que un cartel indicador se vislumbre apenas en la noche cerrada tanto como encandilan su información. ¿Acaso la mitologización nostálgica de los años '60, del modelo universitario previo a la noche de los bastones largos y del boom editorial de hace veinte años que el periodismo cultural y los ambientes académicos progresistas han vuelto un lugar común no es

una astucia de la amnistía? Las impotencias cogitativas de la casta intelectual se ocultan con nostalgia o con demagogia.

Las dos condiciones mencionadas abren un espacio para una sensibilidad política e intelectual que podría denominarse *sensiblería culturalista*. Ella logra que políticos e intelectuales -más allá de rezongos rituales dirigidos a los costos sociales del *Proceso*- acepten el fortalecimiento simbólico y material del aparato de Estado argentino. A quien no asustan los tamaños ni siente lástima por la elefantiasis difícilmente pierda de vista que no nos hallamos ante un proceso de privatización del Estado sino, más bien, ante un impresionante esfuerzo para reforzar su capacidad de imponer y hacer cumplir reglas de acción social, de autoadministrarse eficazmente y de pactar con poderosos grupos económicos, de reorganizar y sofisticar su aparato de seguridad (capacidad reclamada incluso por el antimemismo) y de instalar chequeos informáticos continuos, y por fin, de suscitar el terror fiscal entre la población.

Quién sabe si la preocupación periodística y académica por el Estado construido por la mítica generación del '80 y por la desorganización del espacio simbólico que dio lugar al Estado Peronista, es decir, la preocupación por la erección de Estados, no desplaza el problema acuciante de la actual Razón de Estado hacia limbos académicos autoindulgentes. Pero la Argentina que se viene ya hace entrar en razones a todo el mundo, sin excluir a los universitarios.

## Buenos Muchachos

*Algunas instantáneas:* Muchachos honestos, técnicos y humanos, se acercan a la política desde sus barrios con policía privada. Una departamentalización funcional comienza a modernizar la Universidad mientras una sorda disputa enfrenta a bandos equivalentes por el control académico de los nuevos negocios disciplinares. Los intelectuales vuelven a apasionarse por la política progre. Los intelectuales críticos miran de soslayo pero alquilan un box en nombre de la duda. Otros se ensañan con fetiches que los dispensan de meditar sobre su propia condición. Hay quien quiere estar a la altura de su título universitario. Hay quien considera central el vínculo entre intelectuales y poder (o y cualquier otra cosa). El barco atraca. Los académicos y sus becarios suben primero. Pero, en verdad, hay pasarelas para todos, incluyendo polizones, con la condición de que nadie agite el avispero.

Pero el primer plano no deja ver el panorama. Para quien quiera verlo, se hace evidente que entre 1976 y 1982 se constituyó en Argentina una voluntad social de aceptación de las desapariciones como un "costo" inevitable del ajuste social y que esa orgía macabra - con domingo futbolero incluido- exigía cierta "discreción" cuya continuación actual es la voluntad de amnistía. Discreción también (y mala conciencia, que se precipita hoy políticamente en demandas moralis-

tas) con respecto a las fortunas súbitas de aquella época, y de la nuestra. ¿Pero no estaremos buscando esencias de la argentinidad? ¿Fascismos enanos, culpables por kilo, todos somos argentinos? Más bien, rastreando continuidades y deudas históricas impagas. Y es posible enfatizar *aún más*: el Proceso de Restauración Democrático iniciado en 1983 no fue consecuencia primordial de luchas sociales ni tampoco una dádiva concedida por la generosidad militar, sino el resultado de un pacto de caballeros -no necesariamente implícito- que se ha venido cumpliendo escrupulosamente. El mismo incluye el Juicio y posterior indulto a las Juntas militares. ¿Otra vez una teoría de la conspiración? No. Es más sencillo que eso: es prestar atención a la *letra chiquita* de los discursos aparatosos de los años '82 al '84 y al modo en que los protagonistas se sintieron "llamados" a un pacto. ¿Que los sucesos históricos vinieron envueltos con claroscuros y confusiones, y que ocultan sorpresas, azares y evidencias menos contundentes? Sin duda: pero eso es trabajo para historiadores. Aquí interesa, en cambio, postular una obturación, una impotencia, una poderosa *voluntad* de olvido, un pensamiento que no es capaz de dar testimonio.

Al pacto lo firmaron políticos, jueces, militares, periodistas, intelectuales, grupos económicos y otros grupos de presión de menor cuantía. Lo firmaron entonces estafadores, millonarios, imitadores, mentirosos, prepotentes, arribistas e impostores. Por eso mismo la épica del retorno a la democracia no podía tolerar como héroe al militante desconocido, pero sí al corrupto.

# Literatura y ciudad

## EL PRIMER INTELLECTUAL ARGENTINO La prosa, el viento y los negocios

por David Viñas

*"Para que no carezcamos de brazos en la labranza, conviene proteger eficazmente el comercio de negros".*

Lavardén, *Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata.*

La *Oda al Paraná* aún hoy nos suena a exhortación resuelta mediante las estratagemas de una convocatoria ceremoniosa pero apremiante para que el río abandone su quietud y la lejanía de la altura y se ponga en marcha sobre un plano inclinado. Oscila entre la demanda y la compulsión. Aludiendo así a una plegaria cortesana que urge al "Gran Padre del mar" para que se conmueva al licuarse y descender de una buena vez. Al fin y al cabo se trata de un conjuro majestuoso frente a lo estancado para que empiece a caminar al articularse con un ademán poético que va operando con una colección de símbolos vinculados a lo acuático.

El amplio poema de Lavardén se puede evaluar, por lo tanto, como el deseo de un punto de arranque que, a partir del 1800, irá calcando en la producción literaria argentina -leída como un continuo- un itinerario fundamental. Un circuito que dibuja una coreografía con pausas, declives, zigzagueos y afluentes, borramientos y desbordes. Pero que en su curso principal va acelerando, y pese a los contratiempos, una velocidad que llegará hasta el jadeo, el desánimo o el vértigo. Y no me refiero aquí a la presencia explícita del río como tal, sino a los ritmos que va condicionando en sus bordes: desde "la ciudad tradicional y arrinconada de miedo" en la *Amalia* de 1851, hasta la "urbe porteña sacudida de espasmos" en las versiones del '80 de Cambaceres, de *La Babel argentina* de Francisco Dávila, o en el *Panorama bonaerense* del apócrifo Ceferino de la Calle. *La Bolsa* de Martel crispará al máximo esta travesía en el momento final victoriano al presentir su núcleo generador y su condensada unidad dramática: el espacio trazado por los flancos del río y por la ciudad "cada vez más ávida y mercantilizada" se irá definiendo por el resuello que marca el ritmo narrativo y que congestiona

a sus habitantes. Que si se exalta rumbo a los Centenarios a través de las *Odas seculares* de Lugones o con *Sangre nueva* de Federico Rahola, finge enternecerse con *El encanto de Buenos Aires* de Gómez Carrillo. "Son las pulsiones en la prolongada aventura del teatro ciudadano y, al mismo tiempo, las contradictorias peripecias en el libro de la aventura porteña". Tanto es así que cuando Buenos Aires y sus habitantes ya no pueden ser comentados por la versión unitaria y retumbante de Lugones, la andadura de la ciudad ribereña -tan extensa ya- se va craquelando: el barrialismo fragmentado de Carriego se multiplica en las distintas velocidades y respiraciones del Borges suburbano, del Bajo de González Tuñón, de la equívoca Flores de Gironde o del succulento, dolorido gueto de César Tiempo. Incluso con el episódico quietismo de cierta esquina rosada, de la mítica de Esmeralda y Corrientes en la versión Scalabrini, o la más inquietante de Junín y Lavalle con sus rabinos, trenzas, amenazas, entropiomas, caderas macizas o razonamientos enulados como barbas. "Espasmos, cadencias o silbidos en las esquinas de Buenos Aires". Hasta escenificar, en fragmentos teatrales, al *Barrio de las ranas*, al *Bajo Belgrano* o al *Arroyo Maldonado*. "Camina, galopa o por ahí baila la ciudad parcelada". O intenta recuperarse, geoméricamente implacable, en *El juguete rabioso*, según las ambiguas pausas de *La ciudad junto al río inmóvil* o por el desconcierto de *Hombres en soledad*. Es que "el río llega a rechinar en su marcha incesante". Mutaciones y vericuetos en ese trayecto pasmado a veces, pero inexorable y cada vez más despiadado. Y últimamente no sólo derrotero y ansiedad retringida al espacio explícitamente bursátil: La ciudad al filo del gran río -en sus dos tramos sin cortes- se ha trocado en un

escenario exasperado hasta la enajenación y la jungla de acuerdo a la más reciente versión crítica del Eduardo Rinesi de *Buenos Aires salvaje*.

El conjuro de Lavardén que no era precisamente para convocar a una sombra sino para conmover lo atrancado, después de doscientos años no sólo ha provocado una movilidad espacial, sino una vorágine textual dilatada entre lo epiléptico y lo incontrolable.

### Proyectos y demora

*"Aquí pudiera alcanzarse de la piedad del Rey un asiento de negros, como lo tuvo en otro tiempo la Inglaterra; porque estos brazos fuertes y adaptables a este temperamento se consideran necesarios para el cultivo de los campos, para servicios domésticos y otras diferentes labores".*

Telégrafo mercantil, abril de 1801

Sin embargo, en el mismo ademán urgente por acaparar la naturaleza, se produce en lo inmediato la mayor contradicción en el interior de la *Oda*. El fervor es erosionado por dentro. Y el trabajo de cambio sobre lo que "está ahí" numeroso, aparentemente sumiso y seductor, sobre todo en materia de flora y toponimia, resulta trabado por lo residual de las convenciones: el proyecto de dominio iluminista sobre la naturaleza no logra superar la pesantez de lo inerte. El gesto poético hacia adelante enunciado por Lavardén no puede trascender la pesada decoración del *carro alegórico* que si frontalmente resulta operístico y remite a una carátula dieciochesca, en su popa se insinúa tan copioso y recargado como muy poco ágil.

Ni el *carro tropical* avanza, entonces, ni el "gran río" se estremece. Y si "las sencillas ninfas argentinas" subrayan el encabalgamiento ideológico de Lavardén e, incluso, su voluntad ecléctica de a más be sobre dos, "el peso de las cosas" va resultando decisivo. Entre el súbdito y el fundador todavía predomina en sus versos lo ornamental del cortesano.

Dos entonaciones lo corroboran: lo exhortativo de "bulle", "derrite", "transforma" o "facilita" no va más allá de una letanía frustrada donde hasta la misma repetición insinúa el desánimo. La breve eficacia del sortilegio se va prolongando en súplica. Por otra vertiente, lo imperativo de "ven sacro río para dar impulso", "desciende ya", "baja", pierde la convicción que melancólicamente se intenta atenuar con la presunta convicción de lo profético: "llevarás", "transformará". Lo categórico de esa energía no logra disimular ni la insistencia en la duplicidad de las excesivas cortesías.

Por consiguiente, habría que esperar la prosa donde la etiqueta de la prosodia no resulta tan determinante. La ciudad de 1800 persiste aún en sus construcciones de adobe o barro; el ladrillo se demora aún más allá de los hornos de Lezama y de La Recoleta; y todavía Lavardén no le puede escribir al Deán Funes: "Cuando corre como ahora un viento seco, se me facilita la volubilidad de la lengua y hablo por toda las coyunturas". Sobre la *Oda* no sopla el viento -apenas unos "zéfiro alagüeños"-, y

la recargada nave no va. La burocracia colonial posterga, aún en sus inflexiones retóricas, todo tipo de arrojo y de júbilo. Mirando en esta perspectiva, hasta "la máscara de Fernando VII" utilizada unos años después por los jacobinos porteños más que una novedad es un rezago y hasta una rutina. De ahí que entre la impulsiva bastardilla de "camalote", "Paraná" y "Uruguay" y el lastre de las notas tan didácticas y traductoras, gravite más lo que pesa *al pie* de la página. Así como entre el verso impetuoso de "corran tus aguas nuestros versos" y el Júpiter latinizado, prevalecen el LUISA y el CARLOS con el mismo espesor de las mayúsculas borbónicas, sellos y estandartes.

### Comerciantes, suscriptores y auditorio

*"Por aquí conocerá el señor Censor mi docilidad"*

Carta de Lavardén al oidor José Márquez de la Plata, 1789

*"Salió el otro día por la tarde un elevado Carro Triunfal. Lo exterior del Carro manifestaba una delicada pintura; en la popa las armas reales, en la proa las de la ciudad, y dos costados con trofeos militares y otros follajes".*

Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires, serie II, tomo IX

La *Oda* originariamente se publica en el "Telégrafo Mercantil": ese periódico inicial de Buenos Aires es su contexto más próximo entendido como superficie, clima, coloratura y escenario. Sobre todo si se tiene en cuenta la secuencia de odas análogas que la encuadran y que van culminando en la *Oda al comercio*, espacio textual donde esa actividad y sus protagonistas alcanzan la dignidad literaria difundida a fines del siglo XVIII por Jovellanos, Lessing, Richardson y Diderot. Si el uso de "la pluma" se enaltece al servicio de "las utilidades", *el mercader honrado* iba desplazando del prestigio y del proscenio al "noble ocioso". El comercio se convertía así en una especie de taumaturgia que no sólo "rendía a los hombres" sino que se dilataba en versos elogiosos al "útil comerciante/que paga sus tributos, que arriesga sus caudales,/que trata, compra y vende.

A partir de esa secuencia se va entonando un devoto "Himno a los comerciantes" que con sus comentarios y sus ecos recorre y define las páginas de ese periodismo inaugural. Cuya secuela más intensa, por contrario sentido, es la denuncia del ocio y de los ociosos: *Las lecciones de un camilucho a su hijo* no se limitan a aconsejar "no meterse en cosas de contrabando", "ni fiarse de las mujeres", "ni mezclarse con los criados esclavos", sino que, además, en "palabras de honesto trabajador", preanuncian ese otro itinerario que culminará con el viejo Fierro, experimentado, moralizante y que, hacia 1879, realmente "está de vuelta" de sus compadras, desiertos, matorrales y otras deserciones.

El *Telégrafo* se instaure, pues, como el más minucioso repertorio de apertura del siglo XIX liberal. Y que, con creciente precisión, va expresando la ideología en emergencia de los protoburgueses criollos al filo del 1800 (cfr. Susan Socolow, *The merchants of vicerregal Buenos Aires: Family and Commerce*, Cambridge University Press, 1978). Mentalidad grupal que, teniendo en cuenta su módica extensión, se corrobora nitidamente a través de sus relaciones más explícitas con los indios: "amigos" si se pliegan a vender las pieles de "vacas y venados"; si malonean haciendo competencia o replegándose hacia el sur y el oeste, "bárbaros e inmorales". Que sobreviven si "acuerdan ser llevados por el camino de la evangelización y del ejemplo" acatando "la moral laboriosa"; o eliminarlos por sus "costumbres relajadas" y sus "correrías". Roca, Uriburu y el toro Villegas ya se prefiguran; también Aneiros, Salvaire y los frailes Moisés y Marcos de *Ranqueles*.

Así como en relación al alzamiento de Túpac-Amaru: "Los negros haitianos sobre Caracas; aquí, los tupamaros". Sobre todo en ese poema de origen español pero que se inserta con detalles y subrayados locales: "el murciélago peligroso e invasor" es despiadadamente descuartizado en unos ritmos donde resuenan los hechos de la plaza mayor del Cuzco. Más: la lista y el tono de los seudónimos ya aluden a Figarillo y a los Gallos y Pollos. Así como con motivo de la polémica en torno a los mejores puertos de una u otra banda: "Colonia más piedra; Ensenada chata y arenosa". Pero sobre todo por la minuciosa y verificable lista de *subcriptores* vecinos, próximos y muy reconocibles. Y en especial por el sitio que se le otorga al comerciante mayor en las bocas del gran río: Tomás A. Romero.

## Negreiros y literatos

"...y con viento sudoeste lo hizo la goleta de don Tomás Romero, a la vista de muchos de nosotros"

Lavardén, *Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata*

Tomás A. Romero, cuya presencia aparentemente lateral resuena en la secuencia de periódicos como el *Semanario de Agricultura* y el *Correo de Comercio* que prologan y perfeccionan al *Telégrafo* hasta el borde de ruptura. Esa misma figura de "empresario" cuya voz parece vibrar en la serie progresiva de "representaciones" que van punteando los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX hasta acumularse coyunturalmente en el salto cualitativo encarnado en Moreno (cfr. José Carlos Chiaramonte, *La Ilustración en el Río de la Plata*, 1989).

Un comerciante "prepotente" que es aludido como eventual mecenas del *Siripo*, dramaturgia donde Lavardén *criollamente* intenta recuperar un tema tan denso, por lo menos, como el Paraná de la *Oda*. Apelando, por cierto, al grupo de "conocidos" suscriptores de un *Telégrafo* y enfrentándose, en la pequeña aldea, con los mismos adversarios censores y eventuales incendiarios

de la Ranchería. "El peso de las cosas se distribuía con malices sobre lo estancado del río, en la censura y la moralina".

Ese Tomás A. Romero que también se insinúa entre tramoyas y laterales en la escena montada por Lavardén en la *Sátira*: Buenos Aires protoburguesa, modernista, ganadera y borbónica en oposición al virreinato de Lima, hausburgo, tradicionalista y minero. En esta bisectriz, además, si Lavardén se yuxtapone en su itinerario colonial con Concolorcorvo, es porque preanuncia las obstinadas recorridas libertarias y frustradas hacia el Alto Perú, así como la entrada sanmartiniana al epicentro imperial (v. H. E. Galmarini, *Comercio y burocracia colonial: a propósito de T. A. Romero*).

El "magno propietario" que se va perfilando como subyacente y complementario del Lavardén que escribe versos, teatro, cartas, injurias, súplicas y ensayos: ese prototipo fundador de la literatura argentina e intelectual que, emblemáticamente, muere en 1809. Como otro precursor -melancólica categoría- que desaparece un año antes de la decisiva mutación simbolizada en Caseros.

Tomás A. Romero, por lo tanto, el mercader más importante entre la Banda Oriental y Buenos Aires. "Ese espacio homogéneo por lo menos hasta Lussich y Hernández, e incluso más allá con los Podestá, Sánchez, Quiroga, y en dirección a Juan Carlos Onetti". Un "notable organizador de negocios ultramarinos", con barcos propios -fragatas, chalanas, goletas y veleros- y lejanos asuntos y hasta representantes personales en "las comarcas y los puertos" de Guinea y Madagascar. Sobre todo en el de la trata de negros. Rubro en el que Lavardén si aparece como socio principal, opera de mediador y vocero con todo detalle, escrupuloso y servicial.

Porque si la *Oda* resulta frustrada en su exhortación al gran río para que entre en movimiento despegándose de lo estancado, en sus prosas sobre economía el éxito es total. Los barcos empiezan a navegar. Cada vez más atestados de mercaderías, rápidos y puntuales. Es que por fin "los aires" han soplado: "el pampero" -explícitamente- "y las sudestadas" favorecen como nunca la andadura del texto y la inauguración superpuesta del gran proyecto liberal: la prosa, el viento y los negocios de la esclavatura los han puesto en movimiento.

## ROBERTO ARLT: VIDA COTIDIANA, CULTURA Y POLÍTICA

por Jorge Quiroga

Conocemos la contundencia de la poética arltiana, que mediante el hallazgo de formas nuevas, y disponiendo diferentes modulaciones descubrió núcleos de significación. Esa narrativa tuvo la capacidad de captar una zona expresiva, que Arlt instaló como problematización de nuestra realidad y de sus encrucijadas.

Narrativa de antihéroes en una sociedad en crisis, y por lo tanto "encarnados" y ficcionalizados en personajes de la ciudad de Buenos Aires inermes..., tanto social como existencialmente.

Entonces dada esa provisoriedad, lo resultante no podría ser otra cosa que una Estética de emergencia, violentamente exasperada, eso unido al tipo de experiencias sociales de la generación y la procedencia de Arlt, daba las condiciones para lo que resultó, la aparición de un escritor político atento al registro minucioso de las alternativas de la vida social.

Esto como él decía, asistiendo al derrumbe de un edificio social que inevitablemente arrastraba en la caída a sus víctimas, y Arlt se propuso con su estilo registrar esos estertores y signos de la desintegración social. Arlt se transformó en una especie extraña de moralista, que empleaba todos los recursos que tuviera a su alcance, es decir se valía de las imágenes posibles que dispusiera, para tratar de tomar instantáneas radiográficas. Con ellas iba urdiendo los límites precisos de su narrativa (periodismo, cuentos, novelas, teatro, etc.).

Mediante la exageración, lo burlesco, lo grotesco, en suma la ironía arltiana, supo realizar retratos de la vida de la gente de su tiempo, esas imágenes de ninguna manera estaban ocultas, por el contrario eran clandestinamente visibles, ubicadas en los límites y la tensión.

Justamente su mérito consistió en encontrar el Lenguaje para trasladar a la ficción narrativa esas vidas al borde de ser destruidas.

Lo interesante es ver, como puede comprobar cualquiera que se tome el trabajo de investigar, que actualmente personajes y situaciones se repiten, lo que nos dice muchas cosas sobre Arlt y sobre nosotros mismos.

Lo "arltiano" es fácilmente reconocible cada vez que el lenguaje se pone al rojo, en una especie de mezcla de intensidades de diferente naturaleza, a la manera de un dispositivo de escritura.

Se trata de narrar emergentemente la humillación, el fracaso, las experiencias frustradas, volcadas en una metafísica aluvional hecha de retazos y jirones. Allí está el hombre porteño, que en ese momento se

construía, con yuxtaposiciones realizadas con diferentes y contradictorias poéticas (La literatura crea esa mitología que después se vuelve "histórica": El porteño del Adán Buenosayres de Marechal, escrito después pero que narra esta época, el de Borges y sus fervores, el de la letra de tango Contursi, Linning, González Castillo, Flores, Discépolo, Manzi, etc., y a lo mejor la narrativa de Arlt).

Lo cierto es que un hombre porteño, fabulador y sin sentido, es exorcizado en ese tiempo "a la espera", entonces se puede decir que la ciudad inventa los personajes arltianos y los despedaza. Pero no podemos separar la imagen de la ciudad, de la Estética que Arlt agregó como resultado de sus búsquedas expresivas. Porque esa cualidad narrativa hasta puede transformarse en el montaje de homologías proféticas que el mismo fomentó: predijo la dictadura del '30, y por lo tanto todas las demás, la política del golpe como farsa grotesca, sangrienta y falaz, etc. Lo único que hacen en estas elucubraciones es confirmar sus fabulaciones. Seríamos así los argentinos el producto puro de un delirio arltiano.

Habría que preguntarse cuál es el tipo de política que Arlt defiende, explica o cuestiona, cada vez que ejerce su papel de crítico demoleedor. En principio Arlt es un escritor de izquierda, y su posicionamiento intelectual antifascista lo lleva a la construcción de una lectura atenta de las ideologías de su tiempo. Diríamos que en su época ser un intelectual con esas características correspondía a circunstancias históricas muy relevantes.

Por otro lado, Jorge Rivera señala muy bien su pertenencia a la "Tercera Vía"<sup>1</sup>, es decir, aquel sector generacional escéptico respecto a la etapa argentina que les tocó en suerte. Mucho de su antiliberalismo (véase sus burlas al Socialismo en nuestro país, Juanbejustiano, o en su polémica con Ghioldi y el PC<sup>2</sup>) tiene sí elementos pequeño-burgueses pero también indudables raíces contestatarias y urticantes.

Entonces Arlt no deja lugar a dudas acerca de su ubicación, y se dedica en su obra de escritor y periodista a fundamentar su lugar de manera irreverente.

Mejor dicho, su lugar crítico es cuidadosamente definido por Arlt dedicándose de manera sistemática a fundamentar su posición intelectual y todo esto lo hace en su obra de escritor y periodista.

Es sabido que algunos personajes de su obra de ficción (considerando a ésta como un corpus continuo, que comprende todo aquello de su producción escrito en función literaria) son destacados y valorizados con

predilección por Arlt, siguiendo parámetros de crítica social.

Es que nunca pierde la brújula en lo que es su intención: someter a un punzante y burlón cuestionamiento a la "sociedad decente".

Su forma de relatar es partir de la observación de la realidad transformando en verosímil, más allá de las deformaciones de su estilo, un registro que muchas veces, como él mismo lo documentó en alguna crónica es de índole periodística.

Arlt participa activamente de los fenómenos masivos de comunicación cultural de su tiempo, enorgullicándose de ser un escritor muy leído, y un periodista que interviene desde un claro punto de vista. En este sentido podemos decir que su trabajo como escritor se potencia y encauza en ese proceso de extensión y de reescritura constante.

Porque es evidente que aunque no tiene tiempo de "burilar", Arlt modela sus textos y sus imágenes clave para urdir su estética de contrastes y de mezcla. Ella se diferencia en *lenguajes* según al público al que van dirigidos los textos de acuerdo con el medio. Pero se mantiene firme en lo que respecta a las valoraciones y cuestionamientos centrales. Inclusive en la Crónica periodística se da la posibilidad de manejar un discurso más "político" lo que le trae limitaciones pero también la oportunidad de tratar nuevas temáticas que lo obligan a presentarse como un formador de opiniones.

No olvida que es la ciudad la que da origen a sus narraciones y a sus interrogantes, porque sabe que su poética es de la calle y de sus personajes multifacéticos. Ella presupone a los lectores que se identifican y que son detectados, casi construidos por la escritura realizada por otro personaje (Arlt) que va construyendo así su mito.

Esto que es posible en los libros se hace muy visible en la actividad periodística por el papel que juega el correo de lectores.

Su narrativa, como lo prueban los textos que pasan de un registro a otro constituye una totalidad discursiva, que tiene en lo dialógico el modo principal de funcionamiento.

El periodismo, un tipo especial de periodismo (trabajo con límites estrictos), le dio la oportunidad de ejercer la intervención crítica.

### Las Aguafuertes porteñas

En las *Aguafuertes*<sup>3</sup> realiza Arlt un formidable registro de la vida cotidiana de la ciudad de Buenos Aires, lo hace con su manera tan personal, tan directa que el prejuicio o el desprejuicio, están expresados a flor de piel, por lo que se colocará ante situaciones y personajes con un desparpajo que él mismo llamó de "sinceridad" y es en verdad una actitud bárbara y de descubrimiento, de hablar de cosas de la ciudad y de su gente.

Está retratada en sus páginas toda una galería de reos de Antología, esquenunes, pelafustanes, hombres que se tiran a muerto, una verdadera fenomenología

del atorrantaje y del "dulce far niente". Con imágenes tan logradas como el "Hombre de la camiseta calada" y "El siniestro mirón"<sup>4</sup>. Arlt vivía intensamente la vida de la ciudad, la recorría, la sufría, y en errancia constante estaba siempre a disposición de poder narrarla. Se sometía, como él dice a un baño de multitud y vagabundeo, y entonces realizaba, o creía realizar, extraordinarios encuentros, hallazgos insólitos, perfiles que lo impactaban.

Diariamente, desde las páginas del diario *El Mundo*<sup>5</sup> (1928) escribía obsesivamente estas crónicas de la década infame que conmocionaban a sus lectores; el diario se leía por las Aguafuertes de Arlt.

En los semblantes de la gente, hombres y mujeres de la ciudad él entreveía tempestades, pasiones, agnias, crueldades, y en los ojos (habría que hacer alguna vez un estudio pomenorizado de la mirada en la narrativa arltiana porque es un leit motive que es recurrente) presumía asaltantes, granujas, enamorados, y giles.

El inexorable paso del tiempo en una pebeta que por ahora presume engrupida, o la queja y el reclamo directo acerca de que la estatua de Florencio Sánchez debía ser emplazada en el sitio que le correspondía por derecho<sup>6</sup>. (Entre paréntesis ¿Dónde está ahora?) podían ser temas para sus diarias notas periodísticas, que son muy importantes en su obra literaria, porque entre otras cosas surgen del deambular por la ciudad, de la misma forma que mucho de su obra estrictamente narrativa novelesca (Jitrik ha demostrado esta matriz del vagabundeo en *El Juguete Rabioso*<sup>7</sup>) y porque constituyen textos de alto voltaje comunicativo.

Toda la fábula humana de ese tiempo de crisis está en esas Aguafuertes que Arlt escribió siguiendo el mismo latido de la vida que transcurría ante sus ojos siempre atónitos ante tanto despliegue y sufrimiento. Porque allí Arlt, como ningún otro quizás, retrata la Crisis del '30, pero no abstractamente, sino en el "Elogio agridulce del capuchino"<sup>8</sup> "que es el consuelo de los que no almorzaron al mediodía, y de los otros, de los que tienen enfermedades inconfesables" o la derrota del "Pan dulce del cesante"<sup>9</sup>, es decir punzando con su escritura heridas bien hondas de la trama social, donde están atrapadas las víctimas de ese tiempo impiadoso.

Arlt se convierte en un sismógrafo que registra la ignominia, pero narrando con una ternura que le es dictada por el destino popular de la lectura de esos textos, por la particular recepción que quizás el resto de su obra, no convoca, (porque en ella hay otras preocupaciones). Es que Arlt sabe por experiencia de ávido lector, que hay que respetar cada medio. Porque allí se da el caso de una convergencia de identidades entre periodista/lector.

La cultura de la que hablan las Aguafuertes, justamente es ese aluvión de tipos y costumbres populares que Arlt conocía y había vivido desde adentro, y que como periodista seguía experimentando como escritor de la literatura que le interesaba. No es cierto que Arlt lo hacía sólo con prepotencia de trabajo, y contundencia, y nada más. Su irreverencia le permitió

abruptamente colocarse en situación y así pudo leer su tiempo como un lector que acumulaba tras de sí una poderosa reflexión cultural. Que este sedimento era de origen, procedencia, y prospección bien distinta de la cultura y literatura prestigiosa es otro problema. Arlt debe ser leído desde ese sitio de confrontación y búsqueda de significaciones opuestas a la cultura del conformismo y la repetición de esquemas oficiales.

### Arlt: la política, los políticos y sus mañas (leyéndolo hoy)

La noria política que piensa que hacer política es propender al acomodo, (lo más pedestre que a lo mejor es la única verdad) estaba clara desde el principio en Arlt, como funcionamiento de una maquinaria diabólica hecha para mentir sistemáticamente, para mentir y robar.

Aunque reivindicará nuevos espacios, (el voto de la mujer y sus derechos, la inutilidad y soberbia de votar en blanco sin proyecto, anárquicamente, etc.) su concepción de la política y los políticos será desoladora, hablará de esos días como un tiempo de iniquidad.

En palabras de un cínico político "¿Podés decirme vos que tiene que ver la vergüenza, la decencia, la honestidad, el pudor, los buenos sentimientos con la política?" Arlt seguramente contestaría: nada<sup>10</sup>.

Pero cuidado, no desde una posición eticista tipo "la causa", o hablar de "frente", que en realidad sólo tira un anzuelo de discurso de hombres honorables, sino desde una posición rigurosamente escéptica, en el sentido de ser crítica demoleadora, es decir desde una posición que no tiene que ver con el eticismo de clase media reciénvenida, sino con la Moral en su significación más precisa.

El feroz discurso del candidato a diputado: "Mi finalidad no es salvar al país de la ruina en la que lo han hundido las anteriores administraciones de compinches sinvergüenzas; no, señores, no es mi elemental propósito, sino que, íntima y ardorosamente, deseo contribuir al trabajo de saqueo con que se vacían las arcas del Estado"<sup>11</sup>, indica claramente que la finalidad para el político es robar de la forma más descarada posible.

Muchos textos similares, demuestran la fobia que Arlt le tenía a los políticos y a sus astutas mañas para engatusar al electorado, pero también el hecho de que Arlt era un escritor político en el sentido de personificar a quien se hace cargo de elevar la voz en un tiempo de naufragio, tan cruel como éste.

Entonces no es de extrañar la opinión arltiana sobre la democracia liberal burguesa, para el que sabe como él que sus aduladores sólo perseguían seguir engañando al prójimo, más en una época de fraude escandaloso y de prácticas políticas desfachatadas.

Los charlatanes "en el santo nombre de la democracia", como en el poema de Tuñón "dilapidarán sus dineros", y nosotros somos los giles.

La política historia de traiciones, de venderse por un plato de lentejas e inclusive por un poco menos, lo

deja a Arlt entre atónito, perplejo y preocupado por el destino de tanto perejil.

Mientras tanto el político sonríe, con "ortopédica" sonrisa palmea con gesto preelectoral, chachea. Dice: "¿Hay algo serio en nuestra política? -Nada absolutamente. Mirá: un diputado provincial ha sido un malandrino regular; un senador provincial ya es un malandrino respetable; un diputado nacional, un gran malandrino; y un senador nacional archimalandrino. Seriamente. Cuanto más sinvergüenza, audaz y desalmado es un político más lejos va". (Esto cuenta un amigo conocedor -dice- "de nuestros procedimientos políticos.")<sup>12</sup>

Las Aguafuertes que narran los sucesos del golpe del '30 son indispensables, las chicas tirando en Callao flores y bombones a los cadetes del Liceo vestidas de fiesta, el tiroteo frente al Congreso, las esquinas y las cornisas caen, tanto que el Director del diario le prohíbe a Arlt que hable de política<sup>13</sup>.

El balconea la Revolución del '30, la sensación de fiesta que inicia un ciclo oprobioso que nadie como Arlt supo prever, diagnosticar y entender en su real contundencia y miserabilidad.

Mirando al mundo Arlt presenciara el ascenso del fascismo y el nazismo y será el crítico más fiel, uno de los intelectuales más ácidos en la denuncia de toda esa trama de avasallamiento de los valores morales de la gente.

Ahora bien, si tuviera que hablar del hoy ¿qué diría Roberto? Del Diputrucho, del jubilado de los \$ 150, de los retornos, los guardapolvos, de las valijas diplomáticas yomescas, de los arrepentimientos por no haber votado convertiblemente, del Capitalismo Popular de Mercado, del Capitalismo Social, del destino del hombre aduanero que no sabía hablar castellano y no vio a la partera, de las casas de la revista Caras o del intendente que mató a Gardel, o del doctor satánico que cambia su rostro en cuatro fotos, o del patilla que daba de comer a su sombra, etc.

¿Cuántas Aguafuertes podría escribir Arlt con todos estos destinos erráticos?

### NOTAS

<sup>1</sup> Ver Rivera, Jorge, *Roberto Arlt: Los siete Locos*, Librería Hachette, Bs. As., 1986, pp. 16 a 19.

<sup>2</sup> Ver Aricó, José, "La polémica Arlt-Ghioldi-Arlt y los comunistas", en *La Ciudad Futura* N° 3, diciembre de 1986, Bs. As., p. 22, donde se reproducen artículos publicados en:

*Bandera Roja*: Roberto Arlt: "El bacilo de Carlos Marx" - Rodolfo Ghioldi: "Sobre el bacilo de Marx" - Roberto Arlt: "Ghioldi y el bacilo de Marx" - *Bandera Roja*: "La cuestión Arlt".

<sup>3</sup> Hay diversas recopilaciones de Roberto Arlt: Arlt, Roberto, *Las Aguafuertes porteñas*, Losada, Bs. As., 1ª ed. 1958, 2ª ed. 1976.

\_\_\_\_\_, *Nuevas aguafuertes porteñas*, estudio preliminar de Pedro Orgambide, Librería Hachette, Bs. As., 1960.

\_\_\_\_\_, *Nuevas Aguafuertes*, Losada, Bs. As., 1975.

Scroggins, Daniel, *Aguafuertes porteñas de Roberto Arlt*, Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As., 1981.

Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires Vida Cotidiana*, Introducción y notas de Sylvia Saitta, Alianza Editorial, Bs. As., 1993.

\_\_\_\_\_, *Aguafuertes porteñas. Cultura y Política*, prólogo de Sylvia Saitta, Losada, Bs. As., 1994.

Además hay recopilaciones en las ediciones de la obra completa, por ejemplo:

Arlt, Roberto, *Obra Completa*, prefacio de Julio Cortázar, De Carlos Lohlé, Bs. As., 1981.

<sup>4</sup> Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas*, Losada, Bs. As., 1958.

<sup>5</sup> Desde la aparición del diario *El Mundo* (1928) hasta su prematura muerte, Arlt escribirá sus *Aguafuertes porteñas*, con algunas interrupciones motivadas en sus viajes por España y por África, pero el material producido es enorme e interesantísimo.

<sup>6</sup> Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas*, Losada, Bs. As., 1958.

<sup>7</sup> Ver Jitrik, Noé, "Entre el dinero y el ser", en *Escritura* N° 1, Caracas, Enero/Junio de 1976. Reproducido en Jitrik, Noé, *La memoria compartida*, CEAL, Bs. As., 1982/1987.

<sup>8</sup> y <sup>9</sup> Arlt, Roberto, *Nuevas Aguafuertes porteñas*, estudio preliminar de Pedro Orgambide, Librería Hachette, Bs. As., 1960.

<sup>10</sup> *Op. cit. ut supra*, p. 78.

<sup>11</sup> Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas*, Losada, Bs. As., 1958, p. 167.

<sup>12</sup> y <sup>13</sup> Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas. Cultura y Política*, prólogo de Sylvia Saitta, Losada, Bs. As., 1994. (Recopilación que no puede dejar de leerse. J. Q.).

# Universidad

## LA COMUNIDAD DE LOS IGUALES

por Patrice Vermeren

La pregunta que se plantea hoy es acaso ésta: ¿Es el destino del servicio público de educación ser la escuela de los pobres? La escuela pública tiene por origen la escuela de los pobres. A lo largo de la historia, son las acciones caritativas de la Iglesia en el Siglo XVI, por ejemplo en la línea del Concilio de Trento (y ya en el contexto de una guerra escolar vinculada a las guerras de religión) o, en el siglo XVIII, los Hermanos de las escuelas cristianas. Asimismo, Michel Foucault, en *Vigilar y castigar*, describe la escuela en el seno de los dispositivos de una política que tiene por objeto a las clases pobres. De modo que la escuela pública es y no es eso. Es una instrucción para los pobres, en particular, y en particular para los pobres en tanto que no son nombrados ya como tales. La escuela pública como juego de derechos y de deberes (del Estado, de cada uno de los actores, de todos los ciudadanos) forma un sistema diferente dentro de las viejas representaciones de la pobreza. De ahí que se reúnan las inquietudes presentes: ¿Acaso sectores enteros del servicio público de educación no están volviendo a caer en el destino de la escuela de los pobres, desvinculándose al mismo tiempo y en el mismo movimiento de los desarrollos como corporaciones de excelencia?

Inquietud de aquellos que están atados a la escuela pública, de aquellos que enseñan en ella, de aquellos que llevan allí sus hijos. De aquellos, en síntesis, que están atados a lo que hace justamente a la diferencia entre la invención de la escuela pública y la vieja idea de la escuela de los pobres.

De ahí una de las tareas de la hora: impedir que la escuela de los pobres se convierta -vuelva a convertirse- en el destino para los pobres en la escuela pública. Oponerse a todas las concepciones que harían de esta diferencia, a preservar a toda costa una ilusión, una irrealidad, una equivocación, una excepción costosa. Oponerse a las teorías que disipan esta diferencia.

La escuela privada prioriza también su acción cerca de los pobres. Nada nuevo. Es absolutamente normal. Pero eso no concierne al asunto importante que estamos recordando. Si se trata de saber si, al margen del Estado, no puede haber, no hay iniciativas de otro tipo para las clases pobres -o más en general los problemas sociales, o más estrechamente para los alumnos en problemas dentro del sistema escolar-, no estamos en absoluto en el asunto de la escuela pública, puesto que es cuestión de su diferencia respecto de las acciones que se encargan de los pobres.

Es esta diferencia la que se ha perdido, por ejemplo, en Chile. La dictadura militar de Pinochet se basaba en un neoliberalismo no sólo económico, sino también ideológico: una ideología que atravesaba todos los aspectos del funcionamiento del Estado y de la sociedad civil. Después de diez años de ir a Chile y de trabajar con los filósofos de ese país -excluidos o marginados de la Universidad hasta el restablecimiento de la democracia-, yo veo los efectos de la pérdida de esta diferencia sobre el servicio público de educación: Sólo los pobres asisten a las escuelas primarias y -parcialmente- a las secundarias públicas. La Universidad misma fue muy debilitada por la represión y la falta de créditos, mientras que se aumentaban los efectivos de las universidades privadas, frecuentemente fundadas por miembros de familias cercanas a las autoridades emergentes del Golpe de Estado militar y donde los estudios resultaban muy caros. La misma Universidad pública se ha vuelto paga. Lo público en Chile fue entonces vaciado de su sentido público.

En la lucha que sostienen los docentes de lo público en Chile, lo que constituye de alguna manera la única posibilidad para resistir, es el carácter nacional de los diplomas, de los programas y de los reclutamientos. Me interesa vincular este hecho con lo que pueda extraer de mis propios trabajos de investigación sobre la política de la filosofía y el Estado en Francia, y de los trabajos de Stéphane Douailler. Los combates del siglo XIX conducen a la misma cuestión de los diplomas nacionales durante la lucha escolar. Victor Cousin, el filósofo oficial de la Universidad bajo la Monarquía de Julio, cede en toda la línea. Acuerda: una escuela pública semejante a la más pobre de las escuelas de pobres del campo; los alumnos pobres no mezclados con las élites. Pero él no cede sobre la

cualificación del saber por la Universidad. Porque es desde este lugar que él otorga sentido a lo que ha devenido lo público. No se instruye en la Universidad en vista de un oficio, en vista de un *estado*, en el cuadro de las amplias tradiciones de saberes socialmente eficaces, etc... Se aprende, se enseña, se pasan los exámenes, etc... como "sujetos de la Universidad". Eso conserva la misma diferencia que hemos visto.

De ahí que la cuestión no es la que vuelve regularmente a partir de Emile Durkheim: la de las creencias comunes. La cuestión no es la del *laicismo* como la más común de todas las creencias comunes. La de las posibilidades de una comunidad a pesar de las creencias. En la escuela, no hay otra comunidad que la comunidad de los iguales. Se trataría de un ideal de igualdad en una sociedad fundamentalmente desigual, no como un objetivo a alcanzar, sino como punto de partida y de apoyo incesante.

Por otra parte, hay que oponer, de un lado, la vigilancia crítica aplicada a una sociedad anudada por sus creencias comunes, es decir la desmistificación por el estudio sociológico: lo que recuerda a los actores de la escuela que su fe en la escuela pública no es otra cosa que una creencia común, es decir una ilusión a la vez socialmente necesaria y realmente falsa. Y, de otro lado, la reconsideración del vínculo del pensamiento que descifra una instrucción y lo que ella implica en un sistema de derechos y de deberes que excede siempre lo real; allí donde se encuentra la desigualdad y la pobreza, que sobrepasa estas condiciones de realidad en este exceso del instruir sobre eso que está ya ahí, un exceso que nadie le demanda a nadie realizar, pero que la escuela pública, como tal, no cesa de realizar.

# Ecología

## NEOCAMPESINOS DEL TERCER CINTURÓN

por Jorge Eduardo Rulli

Cada vez son más los que despiertan su conciencia y su sensibilidad a la crisis ecológica. También son muchos los que no encuentran sentido a este sistema de vida en que el acento se pone sobre lo percedero y la vida corre tras los espejismos del consumo. En realidad, de esta conciencia creciente nace un nuevo movimiento, extenso y polimorfo, diverso y alternativo. Sus fuertes

voces ya no pueden dejar de oírse, aunque se afirmen todavía sobre lo singular, lo particular o lo local. No sorprende esta nueva conciencia si tenemos en cuenta la situación de casi colapso planetario en que vivimos. Sorprende en cambio que la humanidad no haya reaccionado antes y aún hoy en mayor medida, a esta destrucción planificada y contumaz del hogar del

Hombre. Y ahora que el movimiento de los verdes crece y deja atrás sus banderas primeras, cándidas banderas de los años '80: huerta orgánica, tecnologías apropiadas, *mutantía* espiritual, surgen voces airadas que nos interpelan desde el duro ejercicio del pensamiento, dedos ex-cátedra que nos señalan sin comprendernos. Para Graciela Silvestri, por ejemplo, en la revista *Punto de Vista*, el ecologismo, en tanto ideología, sería eminentemente privatista, es decir que remite a la idea de lo privado. Lamentablemente muchos piensan todavía con las categorías antinómicas de lo público y de lo privado y evidentemente la nueva conciencia ambiental difícilmente puede ser encuadrada en tales términos ya que su fuerza reside en lo pequeño, en lo cotidiano, en la modificación de los usos y costumbres, para proyectarse sí, desde allí, hacia propuestas de nueva sociedad. También afirma Silvestri que se evitaría por parte del ecologismo, la reflexión sobre los fundamentos del orden social y que en la alternativa ciudad-naturaleza, se tomaría partido decididamente por los ecosistemas intocados por la mano del hombre. Sorprende encontrar en cierta izquierda progresista tanta desinformación, tanto anacronismo de pensamiento y tanto rechazo por la relación del hombre con la tierra. Es previsible para nosotros la lucha con los ecodidas y con sus pequeños cómplices, no tanto con los que se aíslan en sus categorías de pensamiento como en un ejercicio de realidad virtual y parecen tener enormes dificultades para adecuar su instrumental teórico a estos tiempos de fin del milenio. Pero en verdad, así como existen en el ecologismo numerosas tendencias y disciplinas que sólo enfatizan aspectos que hacen a una mayor calidad de vida, ya sea el vegetarianismo, la macrobiótica, las medicinas alternativas o los métodos de relajación, el conjunto que crece en torno a un eje axial de conciencia es necesariamente impugnador del sistema. Cuestionar aspectos parciales tales como la medicina convencional, reivindicar el derecho al parto natural o el de comer sano, parecieran remitir a lo estrictamente privado pero a medida que se extienden en la sociedad llevan inevitablemente a cuestionarlo todo. Si fueran posibles soluciones de grupo tal vez todo sería más sencillo. Los que gustan respirar aire puro y aman los árboles, los que desean comer alimentos ecológicos y rechazan el estrés y la violencia de nuestra vida urbana vengan por aquí, que se llega a *ecotopía*. Los otros, a los que le da lo mismo el aire contaminado y la profusión de automotores, el comer cualquier cosa y caminar tan sólo sobre suelos pavimentados, vayan por allá. Pero no, no es así la cosa. La tierra es el hogar de todos y son unos pocos con enorme capacidad de decisión los que la empujan a la crisis y dejan a nuestros hijos sin futuro. Claro que cuentan con la complicidad activa o pasiva de la inmensa mayoría, pero es justamente allí, en esa masa de maniobras del sistema donde la nueva semilla de la conciencia ecológica ha echado raíces y germina amenazante.

## Lucha alternativa, lucha ecologista

Este Movimiento de los Verdes será inevitablemente subversivo porque conlleva un cuestionamiento al sistema en su conjunto, a su economicismo y a su optimismo tecnológico, también porque rechaza la violencia intrínseca en que el sistema se basa y porque se niega a pensar con las categorías que hacen pensable y aceptable esta vida mezquina a la que se nos condena. Y esto pareciera ser lo más difícil de aceptar por algunos exponentes de cierto pensamiento de izquierda: que se pueda ser alternativo, cuestionando al Poder en la conducta diaria y en la construcción trabajosa y desde abajo de una sociedad más justa y mejor. Sin embargo y lo hemos manifestado ya muchas veces: la izquierda y el movimiento alternativo están condenados a entenderse, a tener políticas de alianza y de respeto mutuo. No es necesario que alguno de sus Concejales "descubra" ahora la contaminación del agua del Riachuelo para que tenga el apoyo de los ecologistas y alternativos. Ese despertar repentino a la conciencia ambiental de algunos políticos, referencia más bien a un sentido de la oportunidad. También las máscaras verdes de las multinacionales que algunos mal intencionados pretenden identificar como expresiones indiferenciadas del ecologismo, y que son en verdad respuestas y adecuamientos empresariales frente a las sostenidas presiones de los grupos activistas en el primer mundo, y para no arriesgar sus mercados. Confundir por otra parte, al ecologismo con la mera defensa de reservas naturales como parecieran hacer algunos, entraña demasiada ignorancia o demasiada mala intención. A nadie se le ocurriría igualar a Erize con Petra Kelly, por ejemplo, aunque no sepan discernir los roles de cada uno. En realidad todos sabemos del valor de las Reservas, especialmente como bancos genéticos de fauna y flora, y también como santuarios y recordatorios de lo que fue alguna vez el Planeta. Pero con algunas excepciones ya no existen en verdad, ecosistemas vírgenes; todos han sido antropizados en alguna medida y la discusión política se da hoy entre diversos modelos de ecosistemas modificados. Desde muy antiguo nuestro continente posee algunos de estos modelos paradigmáticos de ecosistemas productivos diseñados y construidos por el hombre que, sin embargo, respetaron profundamente las leyes, las relaciones y los ciclos de la naturaleza. Y fueron capaces de producciones tan intensivas que permitieron concentraciones urbanas desconocidas para la Europa del siglo XVI. Nos referimos especialmente a los sistemas de Chinampas en Mesoamérica y a los Andenes de cultivo en el Altiplano de América del Sur. ¿Qué diferencia a estos modelos agrícolas de aquellos que produjera la llamada Revolución Verde de la última posguerra? Primero, que los modelos americanos eran sostenibles, es decir que mejoraban y potenciaban al ecosistema y por lo tanto no empobrecían al medio ambiente como todos aquellos relacionados con la Revolución Verde y el uso de agroquímicos. Y en segundo lugar que al basarse en infraestructuras durables y sistemas naturales eran insumo independientes y por lo

tanto fácilmente recuperables como se lo está demostrando en muchos lugares de Bolivia y del Norte Argentino, o en el México actual.

### Lucha ecologista, lucha campesina

El retorno a la vida en el campo como tendencia general y más específicamente en Buenos Aires el traslado de muchas familias al tercer cordón, es una de las vertientes importantes del movimiento verde y alternativo. Transformarse en campesino en una sociedad tan extremadamente urbanizada resulta sin embargo un desafío harto difícil y en el que muchos han fracasado a lo largo de estos últimos años. Se trata no ya tan sólo de vivir en mayor contacto con la Naturaleza, como fuera la vieja costumbre popular del terrenito de fin de semana y hoy la casa quinta o el country para la burguesía, sino el buscar una salida alternativa a la encerrona trágica de la ciudad. Y principalmente, de volver a producir una parte importante de lo que se consume y de consumir casi todo lo que se produce o al menos intercambiarlo, en diversas formas de trueque o reciprocidades. Enraizar, hacerse de la tierra, ser por fin de un lugar donde el común se conozca y se salude, aquerenciarse, tejer relaciones de solidaridad con los otros y en especial con los que llegan desde la gran ciudad como en un constante goteo. Reaprender las viejas usanzas del campo, reinventar recursos antes insospechados, acomodar las tecnologías de última generación a un modo de vida de muy alta calidad en el que se prioriza la felicidad que proporciona la paz interior, el respeto por el medio ambiente y las relaciones humanas. Aquí más que nunca se ve la ignorancia de aquellos que creen que el ecologismo sólo pretende preservar ecosistemas naturales, intocados por el hombre. El predio del neocampesino en el tercer cordón no suele ser demasiado extenso, y muchas veces no es mayor que el lote corriente del poblador urbano de las zonas industriales. Para obtener el máximo de recursos ese predio debe ser absolutamente modificado en función de una estrategia de producciones ecológicas intensivas y esto significa transformarlo en un microecosistema según las propias necesidades. Las estrategias pasan por la complementariedad de plantas comestibles, por la biodiversidad y los controles de plagas, por las cubiertas arbóreas y arbustivas, por los setos de frutales y aromáticas. También por las construcciones ingeniosas para un mayor aprovechamiento del espacio: bancales elevados, tensores para enredaderas, microestanques con plantas acuáticas y peces, frutales con gallinas al pie, uso de los techos para cultivos o recogidas del agua de lluvia, etc. Construir estrategias de vida, reconstruir la autoestima personal, consolidar una economía doméstica, recuperar relaciones de solidaridad y de ayuda mutua, volver a creer en la posibilidad de un mañana mejor. ¿Estaremos escribiendo sobre cosas que ocurren en este país?

### Lucha campesina, lucha ecologista

En 1939 el stalinismo fusiló en la Unión Soviética a Alexander Chayanov. Con su muerte finalizó el intento ruso más serio por comprender la economía campesina y su capacidad como propuesta civilizatoria. Desde entonces a ahora, el dogmatismo urbanoindustrial ha fusilado a muchos hombres como Chico Mendes y a muchos pensamientos también, a fin de evitar la posibilidad de una visión socialista diferente. En nuestra universidad la existencia de una vida campesina es sencillamente ignorada y en caso que se estudie, el fenómeno campesino siempre se refiere a lugares remotos. Sin embargo, paradójicamente, aquellas polémicas en el siglo pasado de los viejos libertarios con Marx, cobran nueva vigencia hoy en un mundo marcado por la globalización y sujeto a políticas sociales de mercado, ajustes económicos y brusca desaparición del Estado de Bienestar. Que la izquierda y el marxismo no se destacaron ayer justamente por su sensibilidad ecológica es suficientemente conocido. Hoy, cuando el neocapitalismo salvaje parece no encontrar límites para su accionar, el ecologismo denuncia el colapso de los recursos naturales del planeta que amenazan la continuación de la vida de la especie humana. Frente a las propuestas ecoburocráticas de los organismos internacionales que tratan de camuflar nuevas políticas de explotación de los recursos en medio de la crisis terminal, se alzan cada vez con más fuerza las voces de los Pueblos y los alaridos de los marginados y excluidos que son arrojados brutalmente a niveles cada vez más infrahumanos de vida.

Y la cuestión rural reaparece renovada, por ejemplo en el México indígena, donde en Chiapas se aunan la defensa del ecosistema con la reivindicación cultural y de identidad de los antiguos pueblos americanos. La lucha campesina se agiganta así con las percepciones de un modelo civilizatorio alternativo.

Los próximos años deberán aproximar en nuestro país las luchas de los grupos ecologistas urbanos con los movimientos vecinales que pelean por su medio ambiente y principalmente, con las reivindicaciones de los campesinos y de los pequeños productores rurales. Estas convergencias implicaran necesariamente audaces reelaboraciones del pensamiento político, y el extender el conocimiento y la práctica por parte de cada una de las vertientes a nuevos universos y especialmente el ser capaces de enfrentar el tema de la pobreza desde presupuestos ecologistas, como lo hace actualmente el movimiento Chipko en la India. Sin duda no son éstos desafíos menores, pero las posibilidades que nos promete el ecologismo social y político, como pensamiento enraizado, creador de nuevas utopías e intensamente movilizador de las generaciones jóvenes, hace que valga la pena comprometerse en el esfuerzo.

# Revista EL OJO MOCHO

## Contenido de los números publicados:

### Nº 1. Verano de 1991. ¿Fracasaron las ciencias sociales? (AGOTADO)

#### ENTREVISTAS:

##### ¿Fracasó la sociología en la Argentina?

*La creación de instituciones*, Juan Carlos Portantiero

*Razón dialéctica y análisis multivariado*, Alcira Argumedo

*Filosofía, política y ética de la responsabilidad*, Oscar Landi

*"Althusser fue mi Gramsci"*, Emilio de Ipola

ENSAYOS: H. González, E. Rinesi, C. Ferrer, L. Kievsky, G. Daleo y E. Vernik

HOMENAJE a José Aricó

### Nº 2. Invierno de 1992. ¿Se acabó la crítica cultural?

#### ENTREVISTAS:

##### La abdicación de los intelectuales

*El riesgo de escribir*, David Viñas (notas de H. González, E. Rinesi, C. Ferrer y G. Korn)

*La presencia del mal, o el abismo de la sociedad*, Héctor Schmucler (nota de C. Ferrer)

##### Salir huyendo

*Captar intensidades*, Néstor Perlongher (nota de G. Korn)

*El fuego de la homalla*, René Loureau

ENSAYOS: H. González, E. Rinesi, C. Ferrer

RESEÑAS CRÍTICAS

### Nº 3. Otoño de 1993. ¿Qué significa discutir?

#### ENTREVISTAS:

##### Contornos de un pensamiento

*De te fabula narratur*, León Rozitchner (notas de J. Poulain, P. Avelluto, H. González, J. H. Kang y E. Rinesi)

##### Según pasan los años

*Por sus hijos los conocerás*, Jorge Rulli (notas de C. Lesgart, G. Wolochwianski y E. Jozami)

ENSAYOS: H. González, E. Rinesi, E. Vernik, C. Ferrer, A. Cristófalo, M. G. Mizraje, R. Fogwill

ANTICIPO de *Prontuario*, por D. Viñas

POLÉMICA: artículos de A. Artopoulos y J. M. Saccomano

RESEÑAS CRÍTICAS

### Nº 4. Otoño de 1994. ¿Se puede salvar la teoría?

#### ENTREVISTAS:

*Volantes, mitos y cartas borgeanas*, Emilio de Ipola (notas de R. R. de Andrade, H. González, C. Ferrer, P. Vialatte)

*Los géneros de la patria*, Josefina Ludmer (notas de J. H. Kang, G. Korn, E. Rinesi y J. Quiroga)

ENSAYOS: J. Schvartzman, A. Cristófalo, A. Argumedo, C. Ferrer

RESEÑAS CRÍTICAS

### Nº 5. Primavera de 1994. ¿A qué llamamos política?

#### ENTREVISTAS:

*Deconstruir la realidad*, Jacques Derrida (notas de H. González, E. Rinesi y M. Pompei)

*La cultura como violación*, Germán García (notas de D. Scarfó, M. Izaguirre, R. R. de Andrade, J. Quiroga y V. Pesce)

ENSAYOS, RESEÑAS Y OPINIONES

##### Theatrum mundi

Ensayos de C. Correas, T. Abraham, N. Casullo, M. P. López, M. G. Mizraje, R. Forster y M. Kohan

##### Libros y revistas

Ensayo de D. Viñas y reseñas críticas

##### Ideas y testimonios

Artículos de R. Dri, J. Rulli, L. Herrero y M. Suárez

RETRATO: "Contra la ética", por D. Scarfó

**Para comprar números atrasados comunicarse al 774-0093 o al 372-9835**

Hay tiempos en que se resquebraja la vida pública y abdican las actitudes críticas. En que el arte y la política respiran un aire raro y nervioso. Sin embargo, frente a la tentación de la renuncia, se nos ocurre pensar lo que pensó Macedonio Fernández juzgando el suicidio de Lugones: que es más fácil mantener las esperanzas.

Porque es posible un optimismo, pero no un optimismo lineal y obligatorio. Es necesaria la crítica, pero no la crítica que sólo quiere restar el lado malo de la marcha natural del mundo. Nuestro optimismo y nuestra crítica no suponen una verdad en progreso: apenas quieren trabajar con las ruinas cercanas y extraerle un último gramo de fuerza a la resignación.

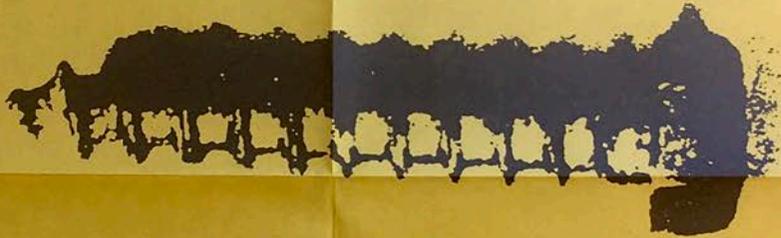
Puede ser que así haya un tiempo recobrado, que la justicia se pose sobre las cosas y los hombres. Arlt pintó la cerrazón espiritual como un caso de turbia belleza. Había que postular esa plataforma hiriente para poder decir que la lucidez era alcanzable. Vivimos, en la sociedad argentina, tiempos sombríos. Es necesario descubrir otros signos en el revés de las sombras.

# erdosain

1

-cuadernos  
de ELOJO  
MOCHO

a



e

Hay tiempos en que se resquebraja la vida pública y abdican las actitudes críticas. En que el arte y la política respiran un aire raro y nervioso. Sin embargo, frente a la tentación de la renuncia, se nos ocurre pensar lo que pensó Macedonio Fernández juzgando el suicidio de Lugones: que es más fácil mantener las esperanzas.

Porque es posible un optimismo, pero no un optimismo lineal y obligatorio. Es necesaria la crítica, pero no la crítica que sólo quiere restar el lado malo de la marcha natural ~~del mundo~~ ~~del mundo~~. Nuestro optimismo y nuestra crítica no suponen una verdad en progreso: apenas quieren trabajar con las ruinas cercanas y extraerle un último gramo de fuerza a la resignación.

Puede ser que así haya un tiempo recobrado, que la justicia se pose sobre las cosas y los hombres. Arlt pintó la cerrazón espiritual como un caso de turbia belleza. Había que postular esa plataforma hiriente para poder decir que la lucidez era alcanzable. Vivimos, en la sociedad argentina, tiempos sombríos. Es necesario descubrir otros signos en el revés de las sombras.

GRUPO EDITOR

David viñas horacio González eduardo rinesi maría pia López guillermo korn jung ha kang christian ferRe